

EL
COLECCIONISTA
DE
MIEDOS



LUCA DOMINA

El coleccionista de miedos

Parálisis del sueño

—Despierta... despierta, despierta ¡despierta! Oh dios, despierta...

Pero no despertó.

Estaba atrapado en una pesadilla, o eso pensaba.

Abrió los ojos, sin una pizca de sueño, y se descubrió en completa oscuridad. Seguía siendo de noche. Se propuso a tomar el móvil de la mesa de luz a su derecha para ver la hora y cuánto podría seguir durmiendo.

No pudo moverse.

Era como si algo le apretara el pecho y lo obligara a quedarse en la cama.

Se sacudió y luchó por liberarse, pero no lo logró (en realidad no se movió ni un centímetro)

El corazón le latía con más rapidez, y comenzaba a sudar.

—*Cálmate...*

Respiró profundo y evitó que el miedo lo controlara.

Cerró los ojos y analizó la situación. Estaba acostado boca arriba, justo la posición que menos le gustaba; la odiaba, lo hacía sentir indefenso. Para colmo, esa noche había decidido acostarse sin ropa, solo con el calzón, y como siempre, no podía sentir las cobijas. Ya era habitual; se acostaba tapado hasta el cuello, pero se revolvía mucho durante la noche y acababan en el suelo.

—*Genial.*

Se dio cuenta que tenía la boca pastosa y abierta de par en par. Amanecer pegado a la almohada por culpa de como babeaba no era ninguna novedad. Pero en su posición actual, la saliva había recorrido un lado de la cara dejando un rastro reseco.

—*¿Qué mierda me sucede?*

Todo era demasiado real y ordinario para ser solo un sueño, pero tener el cuerpo paralizado tampoco parecía muy razonable.

—*Paralizado...eso es, parálisis del sueño.*

Ya lo había escuchado antes; no poder hablar o moverte cuando te duermes o despiertas.

Se calmó. Por lo que recordaba, duraría unos minutos. Nada grave o peligroso.

Alguien me está mirando.

Un escalofrió viajó por su cuerpo como una corriente eléctrica. Había recordado algo más. Era un adolescente, y, por lo tanto, pasaba parte de su tiempo navegando por internet. El recuerdo llegaba más precisamente desde YouTube. Y desde un canal en particular; que se dedicaba a crear contenido paranormal y de terror, casos verdaderos (y falsos). En uno de sus vídeos relataba historias de parálisis del sueño, y todos poseían algo en común; quienes los sufrían eran observados por la espeluznante silueta de un hombre o demonio...

¿Me estará observando?

Son mentiras.

Tengo que mirar.

No mires.

Mira.

Le transpiraban las manos. Antes de volverse loco, decidió hacerlo con la misma filosofía que utilizaba para sacarse las vendas adhesivas de las heridas; de un tirón.

A la izquierda estaba la pared y una ventana, por lo que, abrió los ojos y los obligó a girar a su derecha.

El corazón se le subió a la garganta.

Soy un tonto.

Solo oscuridad, nada de sombras y siluetas.

Se relajó.

En minutos sería libre para cubrirse hasta el cuello y volver a dormir boca abajo.

Cuando parecía que todo acabaría, tuvo una extraña sensación. Primero fue un roce entre los dedos, pero pronto se convirtió en una caricia en el peine.

—Debo estar delirando por el susto.

Pero no se detuvo. Era como si alguien le acariciase con un dedo, pero de forma lenta. Cuando la caricia abandonó el pie y llegó a la pierna, lo supo.

—Debe ser una broma...

El tamaño, pero, sobre todo, el cómo avanzaba y se abría paso entre los bellos, no dejaba lugar para la duda.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, y ocho. Una puta araña.

Intentó mantener la calma, pero la criatura trepaba y trepaba. Alcanzando la rodilla.

¡Despierta! ¡muévete, ya pasaron tres minutos!

Se sacudía con violencia y gritaba una y otra vez, pero todo quedaba en su interior, su cuerpo era una estatua.

No me va a morder, estoy quieto.

Si mantenía la calma y no se movía, lo que no podía hacer de todas formas, la araña no tendría motivos para atacar. Igualmente, el rostro se le humedeció cuando ésta investigó sus calzoncillos.

Camina, camina, ¡camina!

Y caminó.

Se deslizó por el vientre, donde se metió en el ombligo por un breve momento.

Se va a meter.

No.

¡Si!

¿Por dónde?

¡Oh Dios, que alguien me ayude!

La desesperación y el terror se apoderaron de su mente. La araña no lo mordería, pero si continuaba avanzando, descubriría una oscura y húmeda cueva donde establecer su nido...

¡Cierra la boca!

Los músculos de la mandíbula se le tensaron hasta el dolor, pero no pudo cerrarla. Su cuerpo se hallaba fuera de servicio.

Cuando la sintió en el pecho, el terror ya era algo palpable.

Escuchó un movimiento brusco del otro lado de la habitación; los resortes de la cama de su hermano.

¡Se va a levantar para mear! ¡Y la va a ver cuando vuelva! Por favor, que la vea...

Siguió cada paso con esperanza. La puerta que daba al pasillo se abrió, y se encendió la luz. Pudo ver la espalda de su hermano, y como entraba al baño.

Rápido, rápido ¡rápido!

En la posición en que se hallaba, por más que intentara bajar la mirada, solo podía verse una parte de la nariz, pero no a la araña. Por un momento creyó que no era real, pero cada diminuto y delicado paso le afirmaba lo contrario.

El sonido de la orina cayendo al inodoro le resultaba una cascada interminable. Pero el característico ruido del agua cuando alguien tira de la cadena, le alivió; ahora entraría a la habitación y le miraría. Y vería a la maldita araña.

Cuando regresó, se detuvo, mirándole por un momento, aunque casi tenía los parpados cerrados.

¡Gracias a Dios!

¡No, espera! ¡mírame! ¡Hijo de puta, mírame!

La luz desapareció, y escuchó como su hermano arrastraba los pies como un zombi hasta tumbarse en la cama.

Pero no fue el único que marchó. La araña caminó por el cuello, trepó por la barbilla, y le acarició los labios con las patas delanteras.

En ese momento quería levantarse, escupirla, soplarla, incluso darle un golpe. No le importaba la mordedura, cualquier cosa era mejor a la desagradable sensación de ser profanado.

En su mente gritaba como jamás lo había hecho. Y tiraba una y otra vez de su cuerpo. Pero no se movía, la parálisis no desaparecía.

No... por favor, no. No...

Sus suplicas se quebraron. Y una lágrima solitaria brotó y le manchó la mejilla.

La araña entró a la boca y se deslizó por la garganta...

¡No!

Se despertó y despegó la cara de la almohada de un salto. Jadeaba y el corazón le retumbaba como un tambor. Tenía calor, mucho calor. Estaba empapado de sudor. Se quitó las cobijas y se paró junto a la cama.

Fue un sueño, una pesadilla.

Tenués rayos de luz atravesaban los postigos de la ventana e iluminaban la habitación. Estaba amaneciendo. Nada había sido real.

Por las dudas, revisó cada centímetro de sabanas y colchón, pero no hubo araña a la vista. Se quitó el sudor de la frente y se encaminó al baño. Y se miró en el espejo; estaba pálido como un cadáver.

La pesadilla casi me mata...

Sintió un pinchazo.

En ese momento se llevó las manos al estómago.

Me arde...

La palidez parecía un color radiante comparado con el tono que tomó a continuación.

Es mi imaginación...

Otro pinchazo.

Cerraba y abría los puños, mientras intentaba calmarse. Comenzó a girar sin saber qué hacer.

Pinchazo.

Entonces lo vio; el inodoro. Se arrojó de rodillas y casi acarició el agua con la cara.

Hazlo.

Se llevó la mano a la boca e introdujo el dedo índice, pero no se atrevió.

Pinchazo.

¡Hazlo, maldita sea! Como una cinta adhesiva...

Se quejó, pero logró tocarse la campanilla. Las arcadas comenzaron, pero no el vómito.

Pinchazo.

Lo hizo de nuevo, pero con más fuerza; le lloraban los ojos.

Arcadas, pero esta vez acompañadas. Vomitó la cena de la noche anterior; milanesas con puré. Ahora todo era una masa uniforme y viscosa.

No hay nada.

¡Mira bien!

Metió la mano y revolvió. Todo tenía el mismo color, pero sus ojos captaron algo distinto. Una

pequeña mancha negra.

Con el mismo índice, la tocó, y ésta se le quedó pegada en la yema. Al retirarla, apreció una bola negra; podía ser cualquier cosa.

No es nada, fue solo un sueño...

¡Se mueve!

Se hallaba hipnotizado por la cosa negra. Y quedó petrificado con la boca abierta.

Parálisis del sueño.

En la yema del dedo, la mancha negra se abrió como una flor al sol.

Pero los pétalos resultaron ser ocho patas...

El huésped

Carlos Gómez miró cómo la lluvia golpeaba el parabrisas de su auto y suspiró. Se frotó las manos y las calentó con el aliento. Echó un vistazo al reloj en su mano izquierda; doce de la noche. Y él despierto y cagado de frío.

No odiaba su trabajo; desde pequeño había soñado con ser periodista y largarse del pueblo donde había nacido. Consiguió lo primero, pero no lo segundo. —Moriré en éste pueblucho. — pensó. No amaba las grandes ciudades, pero un lugar tan pequeño (cinco mil habitantes) era sumamente aburrido. Y aunque amaba su profesión, estaba a punto de volverse loco; pero ya era tarde, debería resistir, ahora se encontraba casado y tenía dos hijos, y una barriga de grandes dimensiones.

Observó el edificio más allá del estacionamiento; la lluvia caía cada vez más intensa, y lo único que se veía con claridad era la titilante luz roja de la cruz sobre la puerta principal. El hospital no era su destino; en alguna que otra ocasión había realizado notas sobre las vacunas que se dispondrían para los ancianos, o había hecho un informe sobre algunos casos de gripe que generaron una avalancha de miedo (injustificada y estúpida a su parecer). Pero no esa noche, esa noche iría al pequeño edificio anexado a un lado; la morgue.

Se inclinó sobre el asiento del acompañante y abrió un maletín color café; sacó una pequeña libreta de notas y contempló la primera hoja. —Luciano Fernández, 17 años. —se leía, escrito en bolígrafo.

—Mala decisión, chaval. Un año más y te habrías ido a alguna ciudad y nunca regresarías. —murmuró, al leer —se suicidó. — Y antes de continuar releendo la pequeña investigación que había llevado a cabo, se encendió un cigarrillo.

En resumen, el chaval, Luciano, se había suicidado. Y al parecer estaba loco; o eso pensaría cualquiera al saber que se abrió la cabeza con un puto taladro eléctrico. El fatídico incidente ocurrió esa misma mañana, pero el funeral se llevaría a cabo en un par de horas; porque los padres del pobre muchacho se hallaban de viaje.

Carlos tuvo el día completo para entrevistar a varios vecinos y personas allegadas al adolescente. Y hacerse con una idea clara del contexto del suicidio. Cuando llegó a la vivienda del muchacho, ubicada en un barrio de clase media, la policía ya se había llevado el cuerpo. Pero hubo varias personas interesadas (desesperadas, muy desesperadas) en contar lo que sabían.

La primera fue una mujer de unos sesenta años, la señora López.

—Yo fui quien llamó a la policía. —dijo y asintió con la cabeza. —estaba barriendo las hojas de la vereda y solté la escoba del susto cuando escuché los gritos. Gritaba como si lo estuvieran matando. —se tapó la boca al escuchar sus propias palabras. Miró a ambos lados, y se inclinó hacia él. —no me sorprendió para nada. Dicen que andaba metido en cosas raras, ya sabe, drogas. —le susurró.

Junto a la anotación de lo que dijo la señora, en letra más pequeña, se leía. —*la vieja chusma del barrio. —Y también. —¿drogas?*

Otro vecino, el señor Gonzales; un hombre de más de setenta y soltero. Se encontraba tomando mates afuera de su casa. Cuando Carlos se acercó, le convidó un mate (y también se mostró muy gustoso de cooperar).

—Es una pena, un chaval tan joven. —chasqueó la lengua. —¿drogas? No, no lo creo. Si no salía de la casa. —bebió del mate. —a la madre le preocupaba que no tuviera amigos. Según me decía, se la pasaba todos los días en la computadora. Pobres... —meneó la cabeza. —se van a poner muy mal. El más grande encerrado, y ahora el más chico se mata. —volvió a beber. —no, no preso. En un loquero hace un año creo. Decía que una araña se le había metido en la boca mientras dormía. Cada día se puso más loco y lo internaron. —se llevó un dedo a la boca y después dijo. —¡mire! Me parece que éste chaval también iba al psicólogo. Debe ser algo genético...

Y esa había sido la pista que había seguido Carlos, el psicólogo, que en realidad resultó ser un psiquiatra. Pero antes de visitarlo, decidió manejar hasta la comisaria (el combustible no era un problema, todo el viaje no serían más de quince cuadras).

Cuando entró se topó con solo un policía (los otros tres andaban patrullando). El hombre le sonrió y se acercó a Carlos con los brazos extendidos. Las barrigas, de iguales medidas, chocaron ante el abrazo; el policía era José Maidana. Carlos y Maidana habían sido compañeros de jardín, escuela y secundario. Y compañeros de fútbol (cuando lo único redondo era la pelota y no sus barrigas). En resumen; íntimos amigos.

José lo invitó a sentarse en su despacho. Bajo la luz de un fluorescente, que se reflejaba en la calva cabeza, el policía se encendió un cigarrillo y convidó otro a Carlos; lo que no iba a darle era un informe policial, porque no eran policía y periodista, eran amigos (muy buenos amigos).

—La señora López fue quien nos llamó. Decía que el chaval, Fernández, gritaba cosas como “la escucho, la escucho” y “voy a sacarla, voy a sacarla”. Y, por último, gritó de una forma que no podía describir (gritaba como si lo estuvieran matando). Cuando llegamos a la vivienda, llamamos a la puerta un par de veces, y al final tuvimos que forzarla. —dio una larga pitada al cigarrillo. —Mirtha (la oficial Delgado) entró primero, y fue la primera en salir a vomitar. No es que estemos muy acostumbrados a ver escenas parecidas, y Mirtha es joven, apenas tiene veinticuatro. —acomodó su gran trasero en la silla, buscando una posición que le resultara cómoda para contar lo visto (no la había). —lo primero que veías al entrar en la habitación era un charco de sangre, y si seguías mirando, te encontrabas con el cuerpo de un chaval muerto. Un chaval que tenía un taladro eléctrico en la mano y un agujero en la cabeza. —se encendió otro cigarro, y se refregó la frente. —pobre Alberto, no es que hubiera dejado un arma en su casa y su hijo se había suicidado con ella. Era un carpintero y tenía un taladro en su casa, nadie puede culparlo, pero seguro él mismo lo hará.

Carlos suspiró y se rascó la barba de un par de días; también conocía a Alberto Fernández, no eran amigos, pero en un pueblo, y después de tantos años, uno llegaba a ser un poco amigo de todo el mundo.

—¿Drogas? No lo creo. —contestó el oficial Maidana. —nunca lo hemos encontrado en nada raro, y no es que saliera mucho de su casa. Además, viste cómo es esto, porque use remeras de bandas de rock y tenga el pelo largo, los viejos ya lo tachan de drogadicto. —volvió a refregarse la frente. —El chaval estaría loco como el hermano, ya está, no hay que darle más vueltas al asunto.

Ambos encendieron un último cigarrillo y lo fumaron sin decir palabra. Al terminar, Carlos continuó hacia lo del psiquiatra.

Marcos hidalgo; se leía en la placa junto a la puerta del consultorio. Dentro, Carlos Gómez fue recibido por un hombre de unos cuarenta años, rubio y peinado hacia atrás, y ojos celestes. —Un metrosexual. —pensó al ver como se vestía. Pero en realidad no lo conocía. No era un pueblerino, se había mudado hace poco más de dos o tres años.

—Me apena saber que Fernández (no Luciano, Fernández) se suicidó. —dijo Marcos Hidalgo, sin un ápice de tristeza en su voz. —era un paciente un tanto peculiar; le diagnosticué esquizofrenia. —se le escapó una leve sonrisa. —no sé cansaba de repetir que, en una parálisis del sueño, una cucaracha se le metió en el cerebro. Y se imaginaba que el insecto se movía dentro suyo todos los días. Lo mediqué, pero al parecer no fue suficiente; la semana pasada dijo que el bicho pronto pondría huevos, pero que él no lo permitiría. —cruzó las piernas y arqueó una ceja ante la pregunta de Carlos. —¿Qué si puede suceder? La parálisis del sueño es una enfermedad real. —sonrió adrede. —Pero la idea de que se te meta una cucaracha por la oreja en ese momento, escarbe hasta el cerebro, y que se quede ahí por semanas, es absurda, de locos nunca mejor dicho...

Junto al nombre Marcos Hidalgo, Carlos había garabateado las palabras; *completo idiota*.

Cerró la libreta y la depositó en el maletín. Terminó de fumar el cigarrillo y se masajeó la frente. —Terminemos con esto. —se dijo. Solo le quedaba echar un vistazo al cuerpo antes de que fuera preparado para el velatorio. Se puso la capucha del impermeable negro que llevaba puesto, aferró el maletín, y salió disparado del auto. La morgue se hallaba a unos diez metros, pero la cortina de lluvia, combinada con la lentitud de sus cien kilogramos, hizo que apareciera como si se hubiera dado una ducha con la ropa puesta.

—Tenga, no tome frío. —le dijo Mauro García, el encargado de la morgue, y le alcanzó una toalla. Carlos se quitó el impermeable y se secó lo mejor que pudo.

A continuación, siguió al señor García; un hombre alto y delgado, con nariz aguileña y ojos poco expresivos. La morgue no solo parecía una casa desde afuera, sino que también lo parecía desde dentro, y cuando García abrió la puerta a una habitación, en realidad ingresaron a la sala donde se hallaban los cadáveres. Dentro los esperaba el hijo de García, Franco. El chico tenía veintiséis años y se había recibido hace poco tiempo; era el tipo de persona que puedes pensar que es muy inteligente o muy tonto, dependiendo de la ocasión. Detrás de él, había cuatro plateadas puertas que Carlos supuso que eran donde guardaban los cuerpos; y así era. García, junto con la ayuda de su hijo, deslizaron el cadáver sobre una mesa móvil de brillante acero inoxidable.

Luciano Fernández parecía un fantasma con largos cabellos negros, pero la vista del periodista fue atraída como con un imán hacia el hueco de rojiza carne a un costado de la cabeza. Carlos no sintió náuseas, pero tuvo que tragar la pastosidad que se le había formado en la garganta.

—Pobre chico, era muy joven ¿Qué lo llevó a esto? —preguntó Mauro García, y miró a su propio hijo con cierto aire de tristeza.

—Problemas psicológicos. —respondió Carlos, y abrió su libreta. —¿Causa de la muerte? —preguntó después de aclararse la garganta.

Padre e hijo arquearon las cejas de la misma forma y al mismo tiempo. —¿Es necesario? Creo que ese agujero en la cabeza del chaval lo dice todo. —dijo el padre.

—¿No encontraron nada extraño? —insistió Carlos, con una sola cosa en mente.

—No lo hemos ni revisado, solo el procedimiento de rutina. Y no, no estaba drogado. —contestó García, y se preparó para devolver el cadáver a su caja personal.

La frente de Carlos se le perló de sudor antes de volver a hablar. —El chaval decía que una cucaracha se le había metido en la cabeza. —terminó por decir. Sabía que era una estupidez, pero algo le decía que debía indagar en el tema; un presentimiento.

—Ni de broma pensaras que de verdad tiene un bicho en la cabeza. —dijo García con una sonrisa bromista.

Franco abrió los ojos como platos y agregó. —Las cucarachas pueden sobrevivir a una explosión nuclear.

Ambos hombres lo miraron, preguntándose cómo había podido terminar una carrera universitaria en tiempo récord. Su padre aferró la mesa en la que se tendía el cadáver del chaval y se dispuso a guardar el cuerpo, pero a último momento se detuvo.

—Debo estar loco. —murmuró y meneó la cabeza. Miró a su hijo. —Trae las pinzas y la linterna. —le ordenó.

La cara de Franco se llenó de asombro, tanto como la de Carlos, y salió disparado a buscar las cosas. Mauro García tenía un extraño presentimiento.

Los tres rodearon el cuerpo sin vida de Luciano Fernández que era cubierto por una sabana celeste. García se inclinó y acercó el rostro al orificio en la cabeza del cadáver, y continuación iluminó el orificio con una pequeña linterna. Aparte del zumbido del foco que iluminaba la sala, solo se escuchaban los latidos de los corazones de los hombres; todos compartían cierto nerviosismo. A Franco García le temblaba en las manos el plato de acero inoxidable que había traído por si hallaran algo. Su padre extendió la mano y rebuscó en el agujero con un bisturí durante unos segundos; que a Carlos se le hicieron eterno.

Mauro se retiró un poco hacia atrás, se puso derecho y negó con la cabeza. —Nada... —dijo, y hubo algo de alivio en su voz.

—Prueba en la oreja. —exclamó Carlos, mirando su libreta. —el chaval decía que la cucaracha se le metió por la oreja.

Mauro García dudó por un momento, pero su propio hijo le insistía con una mirada suplicante, casi infantil; suspiró y volvió a usar la linterna, pero en la oreja. Carlos se pasaba la mano por el rostro para quitarse el sudor, y Franco no paraba de morderse el labio; ambos se inclinaron junto a Mauro como unos niños en un mostrador. El viejo García se irguió de golpe, y los otros dos saltaron hacia atrás; Carlos casi deja escapar un grito, pero Franco no pudo evitarlo.

—Suficiente... —dijo Mauro en un suspiro. —ya hemos jugado demasiado. No hay nada como todos sabíamos. —miró a Carlos. —éste afirmó con la cabeza. García dejó la linterna y el bisturí a un lado y procedió a guardar el cuerpo.

—¡Espera! —gritó Franco, y de inmediato se tapó la boca con ambas manos. Los hombres le miraron con cierta intriga, aunque la mirada de su padre era más de reproche. —Te faltó una oreja. —señaló con un tímido hilo de voz.

Los hombres cruzaron miradas; seguros de que Franco era un genio. En completo silencio, cada uno hizo lo que tenía que hacer; Carlos alcanzó la linterna y unas pinzas a Mauro, y Franco se paró a su lado con el plato de acero inoxidable que no dejaba de resplandecer bajo la luz. La cavidad auditiva se iluminó como una cueva con el fuego de una antorcha, y Mauro García pudo ver una sombra un tanto extraña. Llevó la pequeña pinza hasta dentro del oído; lo más lejos que pudo. Y sujetó algo, no sabía qué, pero era algo, de eso estaba muy seguro. Antes de tirar, se quitó el sudor de la frente; estaba más nervioso que cuando en el pasado operaba personas vivas y todo podía salir mal. Sus dos compañeros abrieron los ojos y le brillaron en éxtasis. Las pinzas se retiraron lentamente, pero Carlos pudo ver que arrastraban algo; él y Franco se inclinaron hasta quedar apoyados a Mauro; quien ni les prestó atención; ahí había algo...

Cuando algo de color marrón claro asomó atrapado en la boca de la pinza, un escalofrío recorrió la espalda de Carlos. Y los tres hombres compartieron una misma expresión de asombro con la boca abierta de par en par. La diminuta y alargada cosa marrón; una pata, tiró de otra cosa, la cual asomó con cierta resistencia, pero que al final cedió con un leve tirón. Franco alcanzó el plato a su padre de forma automática, y éste dejó caer la cosa completa sobre el acero; el cuerpo extraño extraído de la oreja del cadáver de Luciano Fernández.

Una cucaracha muerta de unos quince milímetros de diámetro...

Noticias de esa semana en un pequeño pueblo;

JOVEN DE LA COMUNIDAD SE SUICIDA
PSIQUIATRA DENUNCIADO POR MALA PRAXIS
CUCARACHA EN LA OREJA DE UN MUERTO: SANIDAD INVESTIGA LA MORGUE
PARÁLISIS DEL SUEÑO ¿PELIGROSA?

No despiertes a los muertos

Iluminó la vieja cerradura con el móvil y consiguió encajar la llave. Empujó lentamente la puerta, que se abrió con el típico lamento de las bisagras oxidadas; la puerta tendría unos noventa años; menos edad que su abuelo, claro.

Un intenso olor a moho y polvo le abofeteó la nariz; desde hace saber cuánto tiempo que nadie se pasaba por la casa. De nuevo empleó el resplandor de la pantalla para echar un rápido vistazo a la sala de estar; era un cuarto relativamente pequeño. A la izquierda había un mueble de madera; estaba vacío; habían retirado los retratos y adornos. A la derecha estaba la puerta que llevaba al comedor. Pero eso no le interesaba, lo que interesaba estaba junto al mueble y oculto por la puerta de entrada.

La cerró, y al finalizar el chillido de los goznes, quedó a oscuras. Afuera había luna llena y la noche era clara, pero dentro, con la casa cerrada de par en par, no alcanzaba a ver a un metro por delante ¡bendito sea el móvil!

—¡Qué haya luz, por favor! —rogó cuando la tecla de plástico brilló con la luz de la pantalla.

Porque eso era lo único que realmente importaba. Sin luz, nada tenía sentido. Acercó un dedo vacilante y lo hundió en la tecla.

Clic. Un leve zumbido le llegó al oído, después un tintineo, y, por último, se hizo la luz.

—Genial, una cosa menos. —dijo en aire sereno.

Era una conquista, pero necesitaba algunas más para que todo sea perfecto. ¡Debía ser perfecto! Si todo salía bien, esa misma noche se convertiría en hombre (o usaría su hombría, mejor dicho). Por eso necesitaba un lugar para estar a solas con su novia. Y la casa del abuelo fue el único que se le ocurrió; el pobre abuelo que había fallecido un año atrás.

Caminó un par de pasos. El suelo era de baldosa negras y blancas como un juego de ajedrez gigante. Se detuvo. Al frente estaba la habitación del viejo. La puerta estaba cerrada, y ni trató de tantearla. Dobló a la izquierda, por un pasillo de unos seis metros de largo, y le dio la espalda. Un escalofrío le recorrió la columna, pero lo ignoró.

A los lados se hallaban las puertas de las habitaciones de sus tíos. Una, no estaba seguro cual, había sido de su padre. Continuó y abrió la puerta al final del pasillo. La piel se le erizó al chocar con un ambiente helado, como una morgue.

Encendió la luz, la cual reveló un pequeño baño. Se aproximó al inodoro; no le gustaba porque era de plástico. En realidad, lo odiaba.

—Cuando tenga mi propia casa, voy a comprar el inodoro más caro que exista. —pensó.

Sujetó la cadena, que colgaba de la mochila (también de plástico), y tiró hacia abajo. El agua se arremolinó hasta perderse por las tuberías.

—Todo en orden. —murmuró, ante el sonido único e inconfundible de cuando uno tira la cadena en cualquier parte del universo.

Otra pequeña conquista; había agua. Después de hacer el amor con la chica que tanto le excitaba (y quería), vendría hasta el baño y desearía toda evidencia; aunque le gustaría gritar

que ya no era virgen, y correr con el preservativo levantado como si fuera una bandera de victoria.

Se dio la vuelta y quedó de frente al espejo del lavamanos. Se observó el rostro por unos segundos y sonrió; estaba alegre, pero detrás de toda esa alegría (virginidad), estaba aterrizado (cagado hasta los huesos). Continuó, solo le quedaba una cosa por comprobar. Salió de nuevo al pasillo y abrió puerta por puerta.

—Sin suerte....

—Nada...

—Bueno, la última. No, nada. —suspiró.

Al comprobar cada habitación, se topó con lo que sospechaba; las camas no habían desaparecido, pero no había rastro de colchones o sábanas. De todas maneras, no importaban. Sería algo molesto, pero traería un colchón a la rastra desde su casa a media cuadra de distancia. Para ese momento todo el mundo estaría durmiendo, y si lo veían, no importaba ¡Lo único que importaba era perder la virginidad, lo demás se podía ir a la mierda!

—Mejor me voy, hoy es mi noche. —se envalentonó.

La arenga fue interrumpida por el rugir de su estómago; tenía hambre. Y era normal, según el móvil; las diez de la noche, hora de cenar. Tendría que haber ido a revisar la casa a la tarde cuando todavía era de día, pero como siempre, dejó todo para último momento (también perder la virginidad).

Desfiló hacia la salida, pero después de un par de pasos, se detuvo. Arqueó una ceja y miró hacia la habitación de su abuelo. Debatía consigo mismo por un breve momento:

—¿Por qué no?

—No puedo...

—¡Si puedes!

—Es una mala idea...

Pero aferró el frío picaporte de la puerta y accedió en la oscura habitación.

—Que esté... —suplicó, mientras tanteaba la pared a su izquierda para encontrar la tecla de la luz.

El abuelo tenía una cama de dos plazas, que antes compartía con la abuela (diez años atrás) y había una posibilidad de que aun tuviera colchón ¿Quién se lo llevaría, y dormiría donde murió una persona? Porque el abuelo había muerto mientras dormía...

Pero una cama matrimonial podía ser la frutilla sobre la torta de la virginidad. Una cama para un rey, que tendría sexo toda la noche (ya era feliz con lograr que fuera por más de un minuto)

A pesar de tener frío, un rocío de sudor le brotó en la frente. Sintió el plástico en la yema del dedo, y con un poco de duda, lo apretó ¡clic! Y se encendió la luz...

Miró tranquilamente hacia la izquierda, donde estaba la cama...

Abrió la boca y quiso gritar, pero quedó mudo.

Los ojos se le pusieron como platos, y el corazón le subió a la garganta. Algo se le contorsionó en el estómago. Pestañeó y permaneció quieto por apenas un segundo; que le resultó jodidamente eterno.

Cuando reaccionó, dio media vuelta y se estampó contra el marco de la puerta. No le dolió, quería irse, era lo único que quería. No corrió, caminó a zancadas largas y rápidas, como alguien que aparenta estar tranquilo, pero está cagado hasta las patas. Solo se dedicó a mirar al frente hasta que llegó a la puerta de salida. La abrió y cerró en un segundo; la vista siempre en el picaporte. Las llaves se le cayeron un par de veces de entre los temblorosos dedos (y helados, muy helados), pero al final pudo cerrar. Abandonó la acera, y al mismo ritmo, continuó hasta su casa. Siempre por el medio de la calle.

Llegó pálido como un cadáver, pero no dijo nada. La mesa estaba servida. Se acomodó en su lugar junto a sus padres. Había perdido el apetito, pero se forzó a comer.

Esa noche no perdió la virginidad. Y tampoco a la siguiente, ni a la otra. Hizo el amor dos meses después, cuando los padres de su novia se fueron de vacaciones y le dejaron la casa sola.

Pero en ese momento decidió nunca regresar a lo de su abuelo.

—¡Nunca, ni por un millón de dólares!

Desde entonces, cuando se junta con amigos por la noche, y relatan anécdotas de terror y fantasmas, lo recuerda. Pero calla, jamás revelará lo que le sucedió. La noche que vio a su abuelo; un año después de su muerte:

Cuando se encendió la luz y examinó la cama, casi le da un infarto. Ahí estaba, con sus largas orejas y el rostro plagado de arrugas. Sentado en la cama, con su pijama azul, y mirándolo a los ojos. Pero parpadeó y desapareció; solo quedaba la cama, pero sin colchón, sin sábanas, y, sobre todo, sin abuelo. Está seguro que fue una broma de su mente, algo psicológico. No cree en fantasmas, pero puede jurar que lo vio...

¿Y si no era su imaginación?

Desvío al infierno

“El infierno está aquí, entre nosotros. Detrás de cada pared, de cada ventana. Es el mundo detrás del mundo.”

“Ya no queda un solo demonio en el infierno. Se fueron todos a mi cabeza.”

—1—

A las ocho de la mañana del martes 16 de enero de 2019, el sol calentaba el asfalto de la RN226 y daba indicios de lo que sería un apoteósico día de verano. En el cielo, sobre un tramo de la carretera, tuvo lugar un extraño evento. Una porción de la realidad que conocemos, unos pocos centímetros, se fracturó. De la apertura se abrió paso una extraña criatura.

—2—

Un Peugeot 206 de color negro abandonó Mar del Plata y tomó la RN226 para dirigirse a Balcarce. El sol iluminaba de frente el parabrisas y encandilaba al conductor. El vehículo se deslizó al carril interno seguido por su alargada sombra, y aceleró. Su interior se oscureció al sobrepasar a un camión de leche con las palabras *La Serenísima* escritas en su contenedor cilíndrico. No sería el primero ni el último de los camiones que rebasaría en la ruta. Los dos carriles de ida y los dos de vuelta, separados por varios metros de terreno llano, se hallaban con tránsito fluido. A los camiones de cereal y ganado que predominaban durante todo el año en la zona, en ese momento se le agregaban los vehículos familiares que comenzaban o terminaban sus vacaciones durante el cambio de quincena. Los ocupantes del Peugeot pertenecían a los últimos.

Dentro del vehículo, el aire acondicionado trabajaba al máximo y el estéreo reproducía una lista repleta de canciones de *Frozen*, y la protagonista cantaba; *soy libre y ahora intentaré sobrepasar los límites*. A Gasón García le gustó ese fragmento de la letra. Lejos estaba de ser su música favorita, pero al escuchar las notas, desafinadas, pero no menos expresivas de su hija, no le molestaba la idea de escuchar lo mismo durante todo el viaje. Miró a su mujer en el asiento del acompañante; Laura llevaba el pelo atado con una colita, una remera blanca ajustada al cuerpo y un short corto deshilachado en las puntas, que la hacían aparentar menos de sus treinta y tres años. Los quince días de playa le habían dado un bronceado de revista. Ella le devolvió la mirada, y ambos sonrieron. A través del retrovisor, observó cómo su hija Josefina cantaba y meneaba la cabeza de un lado a otro, claro, sin apartar la vista del celular de carcasa rosa que sujetaba entre sus manos, y en el cual apretaba la pantalla con sus pulgares de manera impetuosa. Gastón no recordaba el nombre del juego, pero sabía que se trataba de un gato que corría por la ciudad recolectando monedas y eludiendo autos para no ser atropellado. Josefina poseía la cabellera rubia de su madre, ese día se había puesto (porque elegía su propia ropa) un vestido azul de verano, y a juego unas orejas de gato del mismo color. Su rostro estaba marcado por la concentración; ceño fruncido y lengua fuera de la boca. Los días de agua y arena en su caso la habían puesto roja como un tomate y la piel se le caía en grandes pedazos (el primer día no había

querido ponerse protector solar) A Gastón se le escapó una sonrisa más amplia, al pensar que la niña parecía una serpiente cambiando de piel. En los dientes de Gastón, los brackets desprendieron un resplandor metálico, y buscó con la mirada a su otro hijo. Gabriel, quien había nacido año atrás, dormitaba en la silla para bebés y no lo inmutaba el calor, la música, ni la voz de su hermana. Solo llevaba puesto el pañal, y le protegía la cabeza un gorro de pescador de color marino, con un dibujo del pez payaso de *Buscando a Nemo*. Gastón puso la vista de nuevo en la ruta sin perder la sonrisa; las vacaciones habían llegado a su fin, pero él se sentía feliz, la vida no paraba de mejorar. A pesar de que el dólar no cesaba de subir como un globo inflado con helio, tenía un gran sueldo y una vez terminados de pagar los préstamos de la casa, contemplaba la posibilidad de cambiar el auto, y quien sabe, tal vez llevar a la familia a Brasil. Nunca haría una cosa ni la otra.

La ruta se ensanchó y la división entre los carriles desapareció al llegar al peaje señalado como El Dorado. Gastón disminuyó la velocidad del Peugeot y se situó detrás de un Chevrolet Astra al final de la cola de la cabina correspondiente. Preparó el dinero con el cambio justo, y decidió que era un buen momento para bajar las ventanillas y recibir un poco de aire fresco para apaciguar el irritante calor y dejar descansar al pobre aire acondicionado. Una medida perfectamente normal y racional que cualquiera pudo haber llevado a cabo.

El peor error de su vida.

La ventanilla bajó con el sonido del sistema automático, y la tenue brisa matinal dio un poco de alivio a los cuatro. Gastón se dispuso a cambiar de marcha para avanzar en la cola, cuando escuchó algo parecido al zumbido de un mosquito. De inmediato, sintió un dolor punzante en la nuca. Se llevó instintivamente una mano a la zona afectada y apretó los dientes para no gritar.

—*El maldito bicho me picó* —pensó. Aunque no podía ser un mosquito, debió de picarle una avispa porque el dolor era terrible y pronto le envolvió la cabeza.

—¿Te encuentras bien? ¡Gastón! —le preguntó una voz familiar a la distancia. Sintió una sacudida y miró a un lado. Era Laura; ella lo miraba con una marcada preocupación en su rostro y le apretaba el hombro con una mano.

Sonó una bocina, y de inmediato otro par se unieron a la misma, formando un coro chillón y molesto. Gastón se dio cuenta que ya estaba en la cabina del peaje. ¿En qué momento había avanzado? No lo sabía. Recordaba haber disminuido la velocidad al acercarse al peaje y después, nada. Entre los bocinazos surgió un insulto y eso le hizo reaccionar. Tomó el dinero que había preparado y se lo entregó a la empleada, acompañado de un tímido, lo siento. La joven mujer no emitió palabra y le dio el correspondiente ticket con una mueca de reproche digna de una anciana. La talanquera se elevó y Gastón salió de allí lo más rápido que pudo.

—¿Qué te sucedió? Estabas completamente abstraído —dijo Laura, bajando el volumen de la música al mismo tiempo que silenciaba el reproche de su hija con una mirada. Gabriel seguía durmiendo. —Me habías preocupado.

—No sé, pero estoy bien. Ya se me pasó —contestó Gastón, encogiéndose de hombros, no lo recordaba. Se sentía mal; por extraño que pareciera, y a pesar del calor sofocante, tenía frío, mucho frío, y las cienes le palpitaban. Decidió no preocupar a Laura, ya se le pasaría. —Me vendrían bien unos mates.

Laura consintió a su pareja. De la matera apoyada en el piso entre sus piernas sacó el mate; a continuación, le colocó la yerba, y agregó azúcar en el hueco que dejó alrededor de la bombilla. El termo con el agua caliente estaba adornado con un variado repertorio de princesas de Disney. Esperó a que Gastón rebasara a un Renault 12 que en su fabricación habría sido de color rojo y que ahora mostraba un rosa desvaído, y cuando regresó al carril exterior le alcanzó el mate. En ese momento notó con claridad, que, a pesar de la piel morena por naturaleza de su marido, sumada a su fuerte bronceado, se hallaba pálido.

—Debe estar por enfermar —pensó. —. Algún resfriado de verano.

En el momento que Gastón sujetó el mate y sintió el calor entre sus dedos, se dio cuenta de lo helado de su cuerpo. Sorbió despacio y apreció el recorrido del agua desde su boca al estómago, lo que solo le sucedía cuando lo tomaba en invierno. Al devolverlo observó la frente de Laura perlada de sudor. El calor debía ser agobiante, pero ¿por qué él tenía frío? En ese punto los dedos de los pies se le habían entumecido y los huevos comprimido. También tenía perlada la frente, pero en su caso, recordaba a los síntomas de una fuerte fiebre. Las cienes le palpitaban en latidos arrítmicos. Se esforzó por tomar un par de mates más antes de dar las gracias aludiendo a acides estomacal. En realidad, el agua caliente lo quemaba por dentro, como si su cuerpo se hubiera escarchado. La preocupación comenzó a acecharlo.

Avanzaron kilómetros y kilómetros bajo un cielo azul despejado e interminable, sobrepasando vehículos de todo tipo y siendo dejados atrás por otros. A los lados de la ruta predominaban los campos de cultivos de diferentes cereales, y si uno miraba a la distancia, el terreno se asimilaba a un mantel a cuadros muy colorido. Cuando una Toyota Hilux los rebasó como una bala, Gastón escudriñó su propio velocímetro; el Peugeot se deslizaba a unos 120km/h, por lo que calculó que la camioneta iría a unos 170km/h fácilmente. Pensó en los conductores que arriesgan su vida sin ninguna necesidad y luego pateó ese pensamiento; vislumbró una espesa zona arbolada más adelante junto a los carriles del sentido contrario. En pocos minutos observó un cartel verde de su propio lado que decía Laguna res. La brava. Habían hecho prácticamente tres cuartas partes del recorrido; Gastón se alegró, sabe Dios que necesitaba llegar a su casa y descansar. Si al otro día continuaba sin cambios visitaría a su médico, tenía una excelente obra social.

Mientras Laura entablaba una discusión al parecer adulta con Josefina (la niña hablaba como si fuera catorce años mayor cuando defendía algo con ahínco) sobre el uso excesivo del celular. Gabriel seguía durmiendo. Pasaron frente a la entrada de la laguna. Gastón sabía que el sendero de tierra que se adentraba entre los árboles llevaba a una zona de casas de verano y un poco más adelante al club de pesca. Lo invadió la nostalgia. Recordó la primera vez que había ido con Laura, a las pocas semanas de haber comenzado a salir juntos. Habían ido en el auto de los padres de ella. Gastón no tenía auto, en realidad no tenía nada; esa era su mayor preocupación. Laura era maestra y aunque solo trabajaba como suplente, tarde o temprano conseguiría un puesto fijo. Él era un pobre peón de albañil y no proyectaba mejoría en su futuro. Ella era hermosa y podía elegir a quien quisiera para estar a su lado. Sin embargo, después de ese día, Gastón pensó que realmente podía funcionar. Se habían divertido muchísimo; tomaron mates en el muelle, compartieron un kayak, se bañaron en las oscuras y frías aguas, y para finalizar, él hizo un asado en una de las parrillas situadas bajo la sombra de los árboles. Gastón valoraba que se hubiera quedado con él a pesar de todo. Cuando resultó embarazada por accidente su mundo se tambaleó, pero entonces llegó el nuevo trabajo, como caído del cielo, y a partir de ese momento solo se recordaba siendo

feliz. Amaba a Laura.

—No... *La odiaba, y deseaba hacerle daño.*

¿Qué? Se estremeció y los dedos se le pusieron blancos al apretar el volante. ¿Qué era esa idea que surgió en su cabeza? Jamás se le hubiera ocurrido algo semejante. El odio brotó de lo profundo de su mente, de un lugar oscuro y olvidado. No. Era más bien como si esa idea viniera de fuera, como si se la hubieran inyectado directamente a través de sus sienes; de su nuca. Ocultó ese último pensamiento, como un niño que rompe algo y lo esconde debajo de la cama.

—Estoy delirando —pensó. —, realmente estoy enfermo. Será mejor que no espere hasta mañana y vaya hoy mismo al médico.

Apretó los dientes para que no le tiritaran. El frío que le invadía no era normal. Tal vez debería dejar que su mujer se hiciera cargo del volante, pero eso le daba miedo. Sin la necesidad de enfocarse en la ruta, quien sabe que idea podría penetrar en su mente. Pisó el acelerador y trató de resistir. Faltaba poco para llegar a Balcarce.

Diez minutos más tarde y a tan solo ocho kilómetros de su hogar, Gastón volvió a reaccionar por un bocinazo. Dio un respingo en el asiento. No supo que sucedió y solo se percató que un Mercedes gris lo sobrepasa mientras le tocaba bocina. Laura parecía hablarle con un semblante de preocupación, pero él no la escuchaba. Se dio cuenta que apenas iba a 80km/h y siguió reduciendo la velocidad a medida que bajaba las marchas. ¿Qué pretendo? ¿quiero frenar para orinar? No es eso, simplemente no sabe que está haciendo. Volvió cambiar de marcha para recuperar la velocidad, pero no sucedió absolutamente nada. Le dio la orden a sus brazos y piernas, pero no le obedecieron. El Peugeot disminuyó gradualmente su avance y comenzó a deslizarse hacia la calzada. Laura bajó el volumen del estéreo hasta el mínimo con cierto nerviosismo, y antes que el auto se detuviera por completo preguntó a su marido:

—¿Qué te sucede? Por favor respóndeme amor.

—Necesito tomar un poco de aire fresco, solo eso. No te preocupes. —mintió. Él estaba tan desorientado como ella. El frío le calaba los huesos, y algo más se hacía presente con la misma intensidad; *miedo*.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la portezuela. El calor abrasador le golpeó sin previo aviso e inmediatamente comenzó a sudar. Hileras de automóviles pasaban a gran velocidad a unos pocos metros de donde se hallaba, pero no les prestó atención. Ésta vez sus piernas sí le obedecieron y lo alejaron un par de metros. Se detuvo frente a una alambrada que separaba la calzada de un campo. La musculosa y la maya se le pegaron al cuerpo como una segunda piel. El contacto del sol le dolió, tenía cada centímetro de su ser entumecido por el frío, como si estuviera dentro de un congelador. Los autos silbaban a su espalda, varios pájaros gorjeaban a la distancia, y el típico susurro del verano le rodeaba. No escuchó nada de esto. Lo paralizó un perturbador zumbido a su espalda. Frente a él, una vaca hacía sus necesidades, sin parar de arrancar la hierba. Cerró los ojos por un segundo y volvió a abrirlos; el corazón se le subió a la garganta.

El campo desapareció y también el verano. Descubrió el cielo invadido por enormes nubes de tormenta y vio todo como en una película en blanco y negro. Se protegió el rostro con una mano al ser golpeado por una brisa gélida y bajó la vista; un manto de nieve le cubrió las rodillas y el cuerpo se le escarchó hasta la cintura.

Lo único que quedó de la realidad fue el zumbido, y ahora no se encuentra solo; lo que sea que lo produce, tiene amigos y son muchos. Se siente como en el interior de un enorme panal de abejas. El sonido era tan insoportable que tuvo que taparse los oídos antes de volverse loco.

—*Ya estoy loco.* —pensó. —*Mira este lugar.*

Lo intentó, pero la falta de luz solar, sumado a que la nieve se elevaba con el viento, solo le dejó vislumbrar algunos metros por delante. La vaca había desaparecido y en su lugar hay una especie de escultura de hielo. Entrecerró los ojos y la observó en detalle. Aunque no lo creyera posible, un escalofrío le desgarró la espalda y se le hizo un nudo en la garganta. Dentro de la placa de hielo se encuentra atrapada una persona. El viento cesa por un momento, y lo que logró ver, le produjo ganas de gritar, darse la vuelta y echar a correr. No pudo hacer nada de eso. Fue solo un instante, pero se le gravó en la mente; no solo una, sino miles y miles de esas estatuas de hielo hasta donde alcanza la vista, y sobre ellas, surcando los cielos, criaturas que van más allá de su comprensión. Hay algo que sí comprendió; esas criaturas son las dueñas de los zumbidos, y escuchó un zumbido particularmente cerca, sobre su cabeza. Despegó una mano temblorosa de su oído derecho y la llevó hacia su nuca...

Se rascó la nuca. Había vuelto a quedarse colgado. A lo lejos, siguiendo la ruta, se vislumbraba la gran fábrica de papas fritas donde trabajaba, McCain. Las chimeneas escupían su humo blanco habitual. Nunca se había preocupado por el humo, solo le preocupaba el dinero en su cuenta bancaria. Al conseguir trabajo en la fábrica se terminaron los problemas. Se casó con Laura, alquiló un departamento y ahorró. Junto con la ayuda de un préstamo (que obviamente le darían conociendo donde trabajaba) se compró un terreno, y más tarde construyó su hogar. La familia se agrandó y el futuro irradiaba felicidad. Con eso en la mente, Gastón regresó al auto. Un pensamiento no tan bueno escarbó en su cabeza, como un pequeño gusano en el interior de una fruta; *acabar con la vida de su familia*. A partir de ese momento, todo sucedió con rapidez.

Gastón cerró la puerta y se acomodó en el asiento del conductor. No oía las incesantes preguntas de preocupación de su esposa, no escuchaba nada en absoluto. Intentó digerir su último pensamiento, ¿una idea macabra desde algún rincón de subconsciente?

—No, no lo pensé, lo escuché. Escuché el pensamiento de alguien más, como telepatía.

Su cuerpo se sacudió. Miró a Laura. La observaba moviendo los labios, pero no surgían palabras. Gastón extendió el brazo, y gentilmente apoyó la palma en su cuello. Ella dejó de gesticular y pareció sorprendida. Entonces, la mano de Gastón se deslizó a su rostro, tapándole nariz y boca. La empujó con todas sus fuerzas, estrellándole el cráneo contra el cristal de la ventanilla. El impacto sonó a un golpe seco, y Gastón recuperó los sentidos. El interior del Peugeot se sumió en silencio. Laura no gritó, estaba demasiado asombrada para hacerlo. Josefina había soltado el celular y contemplaba la escena con los ojos bien abiertos. Su padre trató de decir algo, pero solo expulsó un gemido.

—¿Qué eh hecho? Santo Dios, la eh lastimado. —se dijo.

Disminuyó la fuerza con que le atrapaba la cara, y Laura se despegó lentamente de la ventanilla. Detrás de ella se había formado una telaraña en el cristal, y en el centro de ésta, predominaba una mancha rojiza. Gastón se estremeció, luchó por separarse de su mujer, pero fue inútil, no la soltaba. El silencio se rompió cuando su mujer al fin consiguió gritar. Pero el grito se detuvo en cuanto la cabeza le fue a parar de nuevo contra la ventanilla.

Gastón quiso gritar, decirle que lo perdonara, que no era su intención. Que huyera, que se alejara de él. En cambio, solo pudo decir:

—Amor...

Laura comenzó a llorar. Se agitó para liberarse de las garras de su marido. Josefina se le unió en el llanto, pidiendo a moco tendido a su padre que la soltara. Gabriel se acomodó en su asiento de bebé y siguió durmiendo. Laura pateó, se sacudió y clavó las uñas en el antebrazo de Gastón. Éste vio como los tendones se le marcaban junto con los músculos, y maldijo todos los años de gimnasio:

—No podrá librarse. Si fuera hace seis años, cuando me conocí, podría hacerlo, pero hoy no.

Apretó los dientes y luchó por quitar su mano. No sirvió de nada, no controlaba su cuerpo. Era el muñeco de un ventrílocuo del infierno, no existía mejor manera de expresarlo. Las uñas de Laura se enterraron en la carne de su antebrazo y la sangre comenzó a correr en hilillos, pero no había dolor. La arremetida se produjo por tercera vez, y fue la última. El ruido le recordó a Gastón a una rama quebrándose. La telaraña creció hasta apoderarse de toda la ventanilla. Laura se sacudió en espasmos y quedó paralizada.

—No, no, no... —murmuró Gastón. Su mano la soltó, y vio inclinarse la cabeza de ella hacia un costado.

La sangre le bajaba en cascada por la cabeza y le manchaba la remera. Estaba muerta. Le había roto el cráneo.

Las lágrimas le escocieron los ojos y lloró hasta casi ahogarse. Su hija lo imitaba, al mismo tiempo que aullaba, MAMÁ, una y otra vez hasta quedar afónica. En medio de la conmoción, Gastón tuvo una nueva acogida de telepatía; esta vez en forma de sentimientos. Dicha, alegría, felicidad, todas ellas debido a la muerte de la mujer que amaba.

—¿Por qué? Dios, por qué... —chilló Gastón.

No hubo respuesta. Pero sí una señal. Su cuerpo se movió. Se inclinó, apoyó una mano en cada uno de los respaldos de los asientos, y se irguió un poco mirando hacia atrás. Observando a su hija. La pesadilla apenas había iniciado. Combatió consigo mismo para detenerse, pero era inútil, Josefina era la siguiente.

—¡Hija, vete! ¡Corre! ¡Aléjate de mí! ¡Sal del auto y pide ayuda!

La niña no le hizo caso. Quedó paralizada en el asiento, retenida por el cinturón de seguridad. Las lágrimas le empapaban las mejillas y los mocos le colgaban de la nariz.

—Por qué lastimaste a mamá, papá, por qué. —repetía sin secar, a medida que las garras de su padre se aproximaban a ella.

—No lo sé, hija. Lo siento, en verdad lo siento. Por favor huye. —pidió Gastón, en palabras entrecortadas por amplias bocanadas de aire.

Una de sus manos se escurrió detrás de la cabeza de su hija y la otra le apretó la pera. Los ojos de la niña revolotearon en sus órbitas y después se clavaron en un lugar fijo, con un gesto de terror. Pero no observaban a su padre, observaban detrás de él.

La mano de Gastón se humedeció con las lágrimas y el sudor de su hija, pero él no la sentía.

Estaba entumecida por el frío, al igual que el resto de su cuerpo. Los músculos se le endurecieron y reaccionó cerrando los ojos; a sus oídos llegó un crujido seco. El llanto de la pequeña desapareció. Antes de abrir los ojos ya lo sabía; le había partido el cuello. Su segundo asesinato. Al igual que su mujer, la cabeza de Josefina se inclinó a un lado. Gastón sintió náuseas, el corazón le latió desbordado y las lágrimas le empañaron los ojos.

—¿Por qué nadie me ayuda? —gritó a todo pulmón, pero las palabras salieron de su boca en un susurro.

Los autos pasaban junto al Peugeot y ninguno frenó; los cristales polarizados hacían un gran trabajo.

El placer que llegaba desde fuera le desbordaba la mente. Placer por lo que acababa de suceder, y también... por lo que vendría a continuación. El miedo que sintió Gastón en ese momento fue el peor de su vida; la pesadilla todavía no había terminado. Gabriel lloraba sin cesar.

—No puedo, te lo suplico. No a él. No a mi pequeño. —rogó Gastón. Su cuerpo se acomodó entre los asientos delanteros para acercarse a Gabriel.

Gabriel se contorsionaba dentro de su sillita, con la boca bien abierta expulsando sonoros alaridos. Gastón cerró los ojos, pero ahí estaba su pequeño. Trató de nuevo, pero no lo consiguió; algo le presionaba los párpados y evitaba que los cerrara. La cosa quería que observara. Una de sus manos cubrió la boca del pequeño y amortiguó sus alaridos. Lentamente, su otra mano se acercó a la nariz de Gabriel, y utilizando dos de sus dedos como pinzas, le obstruyó las fosas nasales. Gastón fue obligado a observar como el rostro de su hijo iba del blanco al rojo, y del rojo al violeta, y del violeta a la muerte.

Gastón dejó de llorar, ya no le quedaban lágrimas. El pulso se le desaceleró y rosó la calma. Ya todo había terminado, no podía quitarle la vida a ningún otro miembro de su familia; todos estaban muertos. En estado de shock, no se dio cuenta cuando su cuerpo regresó al asiento del conductor, abrió la puerta y salió del vehículo. Caminó un par de pasos y se detuvo al borde de la ruta. Volvió en sí. El calor abrasador le lastimó la piel helada. Sudaba a mares. Se llevó una mano al rostro y se enjugó la frente. Pero no fue eso lo que le permitió percatarse de que controlaba su propio cuerpo. Fue el zumbido, el zumbido se alejaba.

Gastón vislumbró un camión a la distancia, la cabina era blanca y leyó la palabra Iveco en cuanto se aproximó; los mismos camiones que veía todos los días en la fábrica. Por un momento estuvo a punto de levantar una mano para pedir ayuda, pero se detuvo.

—Nadie puede ayudarme, nada los traerá de vuelta. —se lamentó. —Mi familia no tiene futuro.

El futuro que tan fácilmente vislumbraba con felicidad, le pareció oscuro, muy oscuro. El camión se hallaba cerca y el conductor no dio indicios de disminuir la velocidad. Estaba parado al borde de la línea, quieto como una estatua, un cadáver. Y eso mismo sintió él; su vida se había acabado. No pensaba terminar en la cárcel o en el loquero, al contestar con sinceridad el por qué los había asesinado.

—No fui yo, fue la cosa, la cosa me usó a su placer. —murmuró bajo el radiante sol.

A continuación, con dos grandes zancadas, se arrojó frente al camión. Lo último que vio fue su

reflejo en el parachoques cromado. Escuchó el silbido de los frenos y olió el caucho quemado. Después todo fue oscuridad, y el zumbido se esfumó.

—3—

A las diez de la mañana el tránsito en la RN226 no aminoró, pero los vehículos disminuían la velocidad en un corto tramo del asfalto. Por un lado, los que recorrían los carriles en dirección a Balcarce, se veían detenidos súbitamente por un oficial de policía. Éste los hacía frenar, hablaba por radio y les indicaba que continuaran. Pero no por el asfalto, sino por la banquina, la cual se delineaba por conos anaranjados. Los conductores se topaban con un camión de carga cruzado en medio de los carriles; el parachoques pintado de rojo. Aquellos que aventuraban la vista podían distinguir restos de carne ensangrentada y trozos de una materia blanquecina. También había un Peugeot negro, el cual era escudriñado por varios oficiales; su interior estaba vacío. Al final del tramo cortado se hallaba una ambulancia con las balizas encendidas, y su lado, tendidas en el suelo, tres bolsas plásticas. Una grande, y dos más pequeñas.

En los carriles en dirección a Mar del Plata, los vehículos no se detenían, pero si aminoraban la marcha para vislumbrar el espectáculo. Algunos incluso bajaban las ventanillas para inmortalizar el momento con sus celulares. Pero nadie osaba permanecer cerca de la escena. A pesar de los más de treinta grados de temperatura, ese tramo de la ruta era visitado por una brisa. Aunque no helada, ponía la piel de gallina.

Raúl Casas bajó manualmente la ventanilla de su vieja Ford 100, pero no para sacar una foto; no poseía celular. A sus sesenta y cinco años ya no pensaba en aprender a usarlos. Buscó en la guantera y encontró un paquete de cigarrillos Parliament. Sacó uno y se lo llevó a la boca. En el momento en que le daba una pitada, hizo una mueca de dolor y se le calló entre las piernas. Rápidamente lo apagó y se rascó la nuca; debía de haberle picado un mosquito. Sin prestarle demasiada atención, encendió otro cigarro y subió el volumen de la radio. Sonrió, le esperaba un buen día en el campo. Junto con la felicidad, sintió un escalofrío y se le helaron los pies. Tuvo un extraño presentimiento; *atropellaría al primer ciclista que se cruzara en su camino...*

—4—

Roberto Gonzales abrió los ojos y ahogó el grito que luchaba por escabullirse de su garganta. En la oscuridad de la habitación, notó que tenía la frente perlada con gordas gotas de sudor, y un hilillo de transpiración le recorría las axilas. Se inclinó hacia la mesita de noche y estiró el brazo en busca de su celular; la pantalla de éste se iluminó y reveló que eran las tres de la mañana. Lo dejó de nuevo en la mesa y apoyó la cabeza en la almohada.

—Voy a volverme loco. —se dijo para sus adentros, mientras miraba la oscuridad del techo.

A su lado, Teresa, su mujer, roncaba. Roberto escuchó con envidia los silbidos que salían de su boca. Ella podía dormir porque no tenía pesadillas, él en cambio, desde el accidente, soñaba cada noche con lo mismo. El hecho de que el hombre que se arrojó frente al camión que conducía había

asesinado a su propia familia, y que varios testigos lo habían visto saltar, había librado a Roberto de cualquier tipo de culpa. Pero despierto a esas horas, su mente trabajaba sin descanso, ¿hubiera podido evitar atropellarle? Él creía que si...

Si hubiera prestado atención a la banquina, lo habría visto, desacelerado y deslizado el camión hacia el carril más alejado. Pero no lo hizo. Tan solo pensar en por qué no lo había visto, le ponía la piel de gallina. Comenzó a visitar a un psicólogo inmediatamente después; el sindicato se hacía cargo de los gastos. El hablar con alguien le complacía, pero siempre le ocultaría lo que le distrajo en la ruta. No se lo diría a nadie, el secreto sería enterrado junto con él cuando muriera. Y la razón era muy simple; era el tipo de cosa que uno contaba y directamente era tildado de loco. Prefería vivir con las pesadillas antes de que lo tacharan de loquito. Se quitó el sudor de la frente, cerró los ojos y se obligó a dormir. Casi de inmediato, comenzó a soñar.

Conducía su camión una calurosa mañana de regreso a Balcarce luego de haber descargado en el puerto de Mar del Plata. En ese momento el estómago le rugía. Deseaba llegar a su casa y al desayuno que Teresa le tendría preparado. Entonces lo vio, y cualquier otra cosa que pudiera estar sucediendo en el asfalto, o en la banquina, dejó de tener importancia alguna. A varios metros del suelo, un poco más alto que la cabina de su camión, algo se agitaba. En primera instancia no distinguió su forma, pero a medida que avanzaba se le iba revelando. En principio creyó que se trataba de una abeja, pero las abejas no poseían el tamaño de un pequeño pájaro. Llegado a ese punto, el miedo le recorrió la sangre y le heló las extremidades, pero fue incapaz de dejar de escrutarlo con la mirada. Para cuando pudo distinguirlo con claridad, unos pocos segundos antes que aquel asesino decidiera poner fin a su vida usando el parachoques del camión, supo que esa criatura no pertenecía a éste mundo. Volaba pesadamente como una abeja, pero no se le parecía, *más bien era alguna clase de mosquito*, intuyó. Poseía un largo apéndice que sobresalía de su diminuta cabeza, *como con lo que el mosquito extrae la sangre*. El cuerpo estaba recubierto por pelaje, escaso como el de un perro con sarna. Roberto recordó a los animales antárticos; pelo blanco como la nieve. Pero en esa blancura había algo extraño, algo que destacaba, algo negro. El abdomen era translucido, una fina membrana, y en su interior se agitaba alguna clase de líquido. Al parecer lo había utilizado, porque solo rellenaba un cuarto del abdomen. ¿A qué se asemejaba esa sustancia? Si lo apuraban diría que, a petróleo, pero no era eso, era algo diferente, atroz. Roberto se estremeció entre las sábanas; desde el núcleo de su mente le llegó un claro mensaje; *la criatura transportaba una sustancia maligna*.

Posesiva

Al ver la bolsa blanca dejada en la puerta del departamento, una risa nerviosa escapa de su boca.

No esperaba toparse con eso al llegar del trabajo, pero de todas maneras se agacha y la levanta; tiene una idea clara de quien la dejó. En el logo rojo, en letras negras se lee; ESPORT LIFE. Conoce la tienda; a comprado varias veces en ella. Saca las llaves de su pantalón de corte chino y abre la puerta. Enciende la luz y se dirige directo al living. Deja la bolsa sobre la mesa. Se afloja la corbata y se quita el suéter. Rodea la barra cercana a la mesa, y de pasada toma un cigarrillo dentro de un paquete de MALBOROS. Enciende una de las hornallas del horno con el chispero y se inclina para prender el cigarro. Se apoya contra la mesada, le da una profunda calada y observa la bolsa por encima de la barra con cierta inquietud. Hace dos años que no caía en el vicio, pero luego de la medida que asumió durante la semana, se vio obligado a retomarlo. La decisión le había carcomido la cabeza, e incluso después de llevarla a cabo, aun dudaba. Los días siguientes le dieron una nueva perspectiva, que le trajo mayor seguridad.

—No pienso aflojar por un regalo. —dice en voz baja y ríe. Pero por alguna razón el estómago se le encoje.

Apaga el cigarrillo aplastándolo contra un plato de cristal junto a un par de sus hermanos de nicotina. Se acerca a la mesa, no se sienta. Permanece de pie y abre la bolsa. En su interior, descubre una caja rectangular de color rojo sangre con el icono NIKE en la parte superior.

—Me compró unas zapatillas. —piensa, y deja la bolsa a un lado, para concentrarse en la caja.

Suspira, las axilas se le humedecen y se siente pésimo; no quiere abrir la caja, si la abre, se sentirá en el compromiso de escribirle y agradecerle, y para eso deberá desbloquear su número. Le había obligado a hacerlo, sus mensajes no cesaban en todo el día, desde la mañana temprana hasta adentrada la noche, y ya resultaban demasiados molestos. *Está loca*, había llegado a pensar seriamente.

Pegado a un lado de la caja con cinta adhesiva, descubre un papel. Con una mano temblorosa lo despega y lo abre; es una nota. Comienza a leerla.

Mi amado Andrés:

Para demostrarte que abandoné la idea de estar juntos, te devuelvo el regalo que me entregaste como símbolo de nuestro amor.

Con cariño, Fernanda.

Pd: Si no puedo tenerte, nadie lo hará.

Las palabras finales estallan en la cabeza de Andrés, pero las ignora; algo es aún más preocupante. ¿Cuál es el regalo que le devuelve? ¿Qué hay adentro de la caja? Ahora sabe que no son zapatillas. Los nervios le erizan la piel, la frente se le perla de sudor y siente las manos heladas. Observa la caja, con un resplandor húmedo en los ojos. La nota se le escapa de los dedos y se mece sutilmente en el aire hasta caer al piso.

—No, no... no. —murmura en tono temeroso. —No es capaz. —se dice, pero ¿y si lo es?

Lo invade una necesidad imperiosa de fumar otro cigarrillo. Se controla con una inspiración profunda. Extiende las manos hacia la caja para averiguar qué es lo que le regresa; tiene un muy

mal presentimiento. Aferra la tapa y la retira; la misma le impide ver lo que hay dentro, y no la aparta de su vista hasta último momento. Y cuando descubre la realidad, su rostro adquiere el tono de un muerto.

Grita de terror, pero de la garganta solo le brota un alarido agudo. En el afán de alejarse, cae de culo contra el suelo. Retrocede con ayuda de manos y piernas hasta que la pared evita que continúe escapando; y eso es justo lo que intenta, escapar de la realidad. Se levanta tambaleando y echa a correr directo al baño. Enciende la luz, se desploma contra el inodoro y vomita todo el contenido de su estómago. Tira la cadena y no se despega del inodoro. Con ardor en la garganta y mal sabor de boca, medita lo que vio; las lágrimas se le escabullen de entre los párpados. No hay duda, ese era el regalo que consagraba su amor. En su momento le pareció una idea excelente. No le permitían tener mascota en su edificio y ella le decía que se sentía sola en las noches cuando él no la visitaba. Y Sombra, el nombre que le habían dado, llegó a sus vidas. La gatita era inquieta, pero les robaba las sonrisas. Andrés se había encariñado, incluso la extrañaba al terminar la relación con Fernanda.

Le cuesta horrores volver a mirar dentro, pero lo hace, necesita estar seguro. En el interior de la caja sigue esperándolo la misma visión. La cabeza de Sombra cercenada. La boca abierta, los ojos en blanco. Debajo de la pequeña cabeza, el cartón exhibe una mancha oscura; sangre seca. El olor a descomposición y la tristeza le llevan a poner la tapa de nuevo.

—¿La chica que conocí es capaz de esto? —se pregunta.

Recuerda todos los momentos de cariño y amor, todas las veces que le sonreía, los besos, el sexo, los atardeceres. No pudo ser ella.

—*¡Te equivocas!* —grita una voz en su cabeza. —*Por algo la dejaste. Era muy voluble, estallaba con mucha facilidad y te gritaba e insultaba como si fueras la peor persona que conoció en su vida. ¡Y celosa! Recuerda cómo empapó a tu antigua compañera de escuela con un vaso de cerveza cuando se acercó a saludarte en el boliche. Hasta tus amigos se alejaron. Seguro le temen, pero nunca quisiste aceptarlo. ¡Está loca! Esto no hace más que demostrarlo.*

Deja de escuchar, de escucharse. No está seguro, pero cree haber oído pasos en el pasillo del edificio.

Toc, toc, toc. Llaman a la puerta. Un escalofrío recorre su cuerpo y hasta los huevos se le encojen.

—¿Quién es? —quiere preguntar, pero los labios no se le despegan.

Se queda junto a la mesa, mirando la puerta como si regresara a su niñez y se tratara de la puerta del armario, donde un monstruo aguarda del otro lado. Puede tratarse de uno de sus vecinos, tal vez alguien que quiera pedirle una taza de azúcar. La voz negativa y paranoica en su cabeza vuelve a hablarle:

—*No tienes vecinos, en el tercer piso solo estas tú, nadie más. Es ella.*

Se mantiene en completo silencio, suplicando que quien quiera que sea desista y se marche. Y parece que da resultado, porque la puerta no es golpeada. Se siente aliviado y se lleva una mano al corazón; prueba que siga latiendo, casi le da un infarto. Se seca la transpiración de la frente, y en de repente, da un respingo. Debe cubrirse la boca con las manos para no chillar. Nadie llama a

la puerta, pero escucha un roce metálico, como el producido cuando se intenta meter una llave en una cerradura.

—¡Tiene la llave! —se dice, pero no puede ser, no le entregó una copia estando juntos.

—*¡Estúpido! Claro que la tiene, ni sabes en realidad donde guardaste la copia. La robó sin que lo supieras. Una medida de seguridad por si algún día llegaras a lastimarla, y lo has hecho.*

Los engranajes se accionan a medida que se les da las dos vueltas necesarias para destrabar la cerradura. Andrés se encuentra paralizado, solo puede observar, como si hallara en una pesadilla; y en las pesadillas es inútil escapar. El picaporte se baja y las bisagras chillan a medida que la puerta se abre.

Y es ella, Fernanda...

No entra, se queda parada bajo el umbral de la puerta. Le sonríe en una amplia mueca, pero sin que los labios se despeguen. Andrés la mira como si fuera un fantasma; los labios pintados con un rojo sangriento y el rostro maquillado. Lleva un vestido negro con una faja gris; el mismo de su primera cita, como si fuera un tipo de recuerdo poético y espeluznante. Fernanda lleva las manos detrás de la cintura, y pareciera que quiere ocultar algo, como cuando uno oculta un regalo frente a las narices de su persona especial. Inclina la cabeza hacia un lado y la oreja casi le roza el hombro. A Andrés lo invade un breve recuerdo; la primera vez que subieron las escaleras para ir a su departamento. Ella inclinando la cabeza, lo que le evocó a la chica de *El exorcista*. Y con una sonrisa le dice: *ni se te ocurra lastimarme.*

Debería haber acabado la relación en ese mismo instante, pero se lo había tomado con gracia y se reía de ello. Viendo como abre los labios y enseña una dentadura resplandeciente, Andrés realmente cree que es un demonio.

—*Has algo, por el amor de Dios.* —le reclama la voz paranoica. —*No te quedes parado como un idiota. Eres un hombre, golpéala.*

No puede hacerlo, no porque no sea capaz de golpear a una mujer si su vida depende de ello, sino porque le tiene miedo, y ahora lo sabe más que nunca.

La cabeza de Fernanda regresa a su sitio. La sonrisa se le esfuma cuando le habla:

—Prometiste que no me lastimarías. —Los ojos se le humedecen, al borde del llanto. Lentamente se lleva las manos al frente y enseña lo que ocultaba.

La camisa blanca de Andrés se le pega al cuerpo y se opaca por completo. El sudor le recorre el cuerpo como si estuviera bajo el sol en un día de 45 grados, o por las circunstancias, en el mismo infierno.

El acero resplandece bajo los fluorescentes del departamento; un enorme cuchillo de cocina. Y al contemplarlo, Andrés se tambalea. El ruido de la puerta al cerrarse le regresa la compostura; ahora está atrapado como un ratón junto a un gato, pero en este caso, el gato no será a quien le mutilen la cabeza. Ella se adelanta un paso. Al escuchar la pisada del zapato contra la baldosa, él retrocede uno.

—*Vas a morir, has algo, lo que sea.*

Puede hacer algo; pedirle perdón, decirle que se dio cuenta lo equivocado que estaba, que la extraña y la ama. Que quiere volver con ella. Cree que puede funcionar. Es bueno endulzando el oído, lo sabe, ya le ha funcionado bajo otras circunstancias. Abrazarla, besarla, incluso tener relaciones sexuales. En la guerra y el amor todo se vale. Disimular y actuar hasta que se vaya y después, llamar a la policía, llamar no, correr hasta la comisaría.

—¿y después?

—Eso no importa, lo que importa es que no me mate.

—*No funcionará, ella puede dar vuelta las cosas. Decir que la violaste y que fuiste tú quien mató a la gata. Y en la época que corre, tiene todas las de ganar. Terminarás en la cárcel perdiendo la virginidad anal con algún violador de verdad. O puede quedar libre, y el día que menos te esperes, toc, toc, toc, abres la puerta y estas muerto.*

Andrés retrocede otro paso; no sabe cuánto tiempo le resistirán las piernas, tan flácidas como flanes. Fernanda tiene su misma altura, pero se ha puesto los zapatos más altos que posee, y su mirada, desde lo alto, lo intimida. En cualquier momento perderá el control y lo atacará; lo vislumbra en sus ojos. Dentro de las grandes cuencas, los normalmente celestes ojos de ella, hoy son grises. Andrés aparta de un manotazo la voz negativa en su cabeza, y en la desesperación intenta la idea que tuvo.

Abre los brazos, y usando toda su voluntad, los labios se curvan en una sonrisa. —Perdóname. —le dice, y se acerca a ella, tembloroso. —Te amo Fernanda, no sabes cuánto te extraño. Fui un estúpido ¡por favor perdóname! —comienza a sollozar con la última suplica, pero de miedo.

Ella lo mira y baja un poco el cuchillo, y ahora ya no le amenaza con su filo asesino. —No me mientas. —responde, y una lagrima se desliza por las rojizas mejillas.

—No lo hago, te amo, y es la verdad. —ratifica Andrés, y su sonrisa se ensancha aún más.

Su felicidad es sincera, piensa que consiguió sobrevivir. Se le acerca suavemente, y él la abraza. Le besa la frente; tiene el rostro helado. Besa las mejillas y finalmente los labios. Vuelve a aflorar el abrazo y lo hace con fuerza. En su cabeza grita de alegría; parece que funcionó.

—Amor... —le dice ella al oído, en un tono dulce y sensual.

Los testículos de Andrés se relajan. —¿Qué sucede, mi vida? —pregunta.

Siente que flota, el alivio es mejor que cualquier cigarrillo. Y entonces, las tres palabras que ella pronuncia lo golpean con una fuerza gélida que le hiela la sangre:

—Eres un mentiroso...

Siente una punzada de dolor en el vientre. Estupefacto, apoya las manos en sus hombros. La mira; parece feliz. Se separa de ella con delicadeza y siente que algo frío abandona su estómago, algo metálico. Baja la mirada; en su camisa se forma una mancha oscura. Tantea con una mano, temblorosa y pálida, la zona que comienza a quemar. La camisa está pegajosa al tacto. La mano se le empapa. La retira, escudriñándola con precaución. La palma está teñida de un líquido rojo muy parecido a salsa de tomate. La vista se le nubla, pero logra ver que el acero del cuchillo que ella sostiene también presenta el mismo color.

—Me lo ha clavado. —piensa. —La muy hija de puta me lo ah clavada.

—¿Y qué esperabas? Es una loca de mierda.

—Voy a morir. —se lamenta, a punto de desmayarse.

La ve acercarse. El miedo brota como agua de un manantial. Debe alejarse de ella, huir, saltar por la ventana si es necesario. No desea morir. Da un paso atrás, que le conlleva un esfuerzo descomunal. Ella no se detiene. Andrés intenta dar media vuelta y echar a correr. Consigue darse la vuelta, pero al despegar una de las piernas, la otra se rinde bajo su peso y cae de boca al suelo. Ya no siente las piernas. El sudor de la frente se le mete en los ojos y le nubla la vista. Comienza a arrastrarse con las manos, con un único pensamiento en la cabeza; en cualquier momento sentirá una punzada en la espalda, volverá a clavarle el cuchillo.

—Por favor, no me mates. —dice entre sollozos.

Ella no responde, pero tampoco le ataca. Andrés percibe un golpe seco, y otro, y otro. Después algo suena igual a cuando una rama se quiebra. No se detiene a descifrar que sucede. Se empuja un par de metros dejando tras de sí un surco sangriento, como una babosa moribunda. Siente náuseas, y a pesar de que trata de impedirlo, vomita; el suelo frente a él se salpica de sangre. Tiene el cuerpo helado, a excepción de un hilillo de calor que le abandona la entrepierna. Respira con dificultad y no puede seguir avanzando. En un último afán por vivir, grita por ayuda, pero de su boca emana un gemido gutural. El departamento se sume en un silencio sepulcral. Poco a poco pierde noción de lo que le rodea.

Menos de ella. Ella lo está mirando, la muy hija de puta le está viendo morir. La imagina con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué a mí? —se pregunta.

La respuesta retumba en su mente antes de que se apague:

—*Mala suerte, te topaste con una psicópata. Uno jamás conoce realmente a las personas.*

Tendido en el piso de su departamento, y rodeado por un creciente charco de sangre, la oscuridad le envuelve. Todo termina...

—2—

APUÑALÓ A SU NOVIO EN DEFENSA PROPIA.

Fernanda Echeverría, la mujer de 25 años que asesinó a su novio con una puñalada en el estómago, fue declarada inocente y se retiraron los cargos en su contra. Según su declaración, su novio, Andrés García de 25 años, la golpeó y quiso matarla al enterarse que ella quería abandonarlo. La joven fue atendida en el hospital local, donde se presentó con varios golpes en la cabeza y la nariz rota, luego de que la policía la detuviera en el lugar del hecho. La misma Fernanda llamó al 911 y fue encontrada en estado de shock debido al trauma sufrido. En el departamento también se halló la cabeza cercenada de una mascota en común. Según el abogado del caso, se trató de un acto de violencia de género y su cliente no hizo más que defender su propia vida.

Telaraña

El estridente ruido de la motosierra desapareció en cuanto la apagó. Se quitó las gafas protectoras y se pasó la mano por la sudorosa frente. En el lado izquierdo del mono azul de trabajo, a la altura del pecho se leía: MADERAS S.A, y en el lado derecho: HUGO. Sostuvo la motosierra con una mano y dejó su puesto de trabajo; era la hora del almuerzo. Caminó sobre un piso de hojas secas y cortezas, y zigzagueó entre los tocones hasta llegar a un camino de tierra húmeda. Se unió a varias docenas de compañeros de trabajo. Mientras marchaba cabizbajo y el sol del mediodía le abrasaba la nuca, miró por casualidad a un viejo tacón a un lado del camino.

—Uno de los primeros en ser talado. —se le vino a la mente.

Era muy viejo. Pero eso no fue lo que le llamó la atención; algo se había movido furtivamente entre los recovecos de la madera, o eso imaginó. La vibración de un gran camión que pasó cerca lo distrajo, era de un amarillo chillón y en el chasis decía: MADERAS S.A. Las ruedas eran más altas que el propio Hugo.

Abandonó la motosierra en el área asignada y se dirigió los casilleros. Abrió su taquilla y guardó el casco de trabajo; el mismo amarillo chillón que el camión. Sacó una mochila del interior, y antes de cerrar la puerta, observó por unos segundos una foto de cuando tenía diez años; sonreía de par en par mientras abrazaba a un perro más grande que él, y muy peludo. Hugo sonrió; el perro era Walter, y solo Dios sabía cuánto lo extrañaba, aunque hubieran pasado más de 40 años. Abrió la mochila; en el interior había una muda de ropa y una fiambarrera de plástico que contenía los sándwiches que le había hecho su esposa. Le encantaba el de salame y queso y nunca se cansaba de comerlo. Y eso hizo, pero no con los demás trabajadores. Mientras lo saboreaba se vio de regreso junto al viejo tacón. Se detuvo y lo contempló sin dejar de masticar. Casi se ahoga al ver que algo efectivamente se movía. Terminó de tragar el pan que le quedaba y se descolgó la mochila, la abrió y sacó la fiambarrera. Bajo el caluroso sol, los sonidos de un coro de motosierras, y camiones desfilando de un lado a otro, sostuvo la fiambarrera en una mano y la tapa roja de ésta en la otra. Se inclinó, y como una de esas leonas que había visto en *Animal Planet*, se acercó sigilosamente. Quien lo viera en ese momento hubiera pensado que se había vuelto loco; Hugo diría que se sentía como en su juventud.

Se detuvo con el recipiente a centímetros de la madera y quedó petrificado. Una mancha negra destacaba sutilmente entre la madera grisácea. La mancha se desplazó a penas un centímetro; ocho peludas patas le daban impulso. Hugo esperó un poco más; no quería perder la oportunidad. La cosa volvió a moverse, dejando atrás la oscuridad formada por la sombra de su nuevo observador y alcanzando el lado iluminado del tocón por el sol de mediodía. Hugo abrió los ojos como plato al contemplar la enorme araña, que en realidad no era tan oscura, sino que, vista bajo la luz, era del color de los ladrillos.

—Es enorme. —pensó.

Había visto más grandes, pero siempre en la televisión. Uno de los locos de los programas de *Discovery* no le daría importancia, pero para Hugo era todo un hallazgo. La araña avanzó hacia el sol una vez más, y se detuvo cuando sus patas delanteras hicieron contacto con el plástico. De inmediato intentó regresar sobre sus pasos, pero era demasiado tarde. Hugo la esperaba con la tapa del recipiente. Trató de trepar por la rojiza superficie, pero sus patas resbalaron y cayó de espaldas dentro de la fiambarrera. Hugo la cerró en un segundo, y una gran sonrisa se le plasmó en la

boca. Se propuso mirar a la criatura detenidamente, pero fue interrumpido por la molesta bocina que ponía fin a la hora de almorzar. Hugo perdió la sonrisa y masculló un insulto. Odiaba esa bocina; le recordaba a la de los bomberos y le hacía pensar en horribles accidentes.

La molesta bocina volvió a sonar cuatro horas más tarde; había llegado el final de la jornada laboral. Hugo juntó sus pertenencias y se paró en una larga fila. Uno a uno, colectivos de color verde se llenaban de trabajadores y se alejaban; MADERAS S.A, decía a los lados del vehículo con grandes letras. Hugo saludó a varios compañeros, subió al colectivo y se sentó en la parte trasera junto a una ventana. Normalmente dejaba la mochila tirada a sus pies, pero ésta vez, la llevaba sobre el regazo y la protegía con las manos. Un hilo de nerviosismo le recorría el cuerpo, a pesar de que no tenía por qué estar nervioso. PROHIBIDO APROPIARSE DE HERRAMIENTAS O MATERIALES DEL TRABAJO; señalaban varios carteles por todo el lugar, y Hugo recordaba haberlo leído cuando firmó el contrato.

—Una araña no es propiedad de la empresa. —pensó, y se relajó.

Despertó 15 minutos después, cuando el hombre sentado a su lado; el mono de trabajo estaba marcado como EDUARDO, le zarandeó por el hombro. Hugo le sonrió por el favor, y de inmediato tanteó con las manos el interior de la mochila; la tapa seguía en su sitio. Fue el único en abandonar el colectivo en la primera parada. Vivió toda su vida de casado en las afueras de la ciudad, o por lo menos, lo que antes eran las afueras de la ciudad. Avanzó por una calle de tierra que parecía haber sido arreglada recientemente por alguna de las maquinas del estado; que en los últimos años se mostraban muy dispuestos a mantener su barrio impecable. Pero no era por él, no. Recorrió unas 10 cuadras, la mayoría de los lotes poseían un cartel de SE VENDE. Richard jamás dejaba de sorprenderse por el precio; 50.000 dólares esa semana, y quien sabe la próxima. Cuando el compró el terreno, le costó 1.000 dólares. En los demás lotes, los esqueletos de las casas avanzaban a paso firme y las filas de ladrillos se reproducían como insectos (no como el de su mochila).

Llegó a su hogar, pero no lo contempló en absoluto; ya lo conocía de memoria y nadie necesitaba decirle que parecía una casa vieja (y lo era). En su lugar prefirió mirar la casa de sus vecinos (desde hace un año).

—No conocen lo que es la privacidad. —pensó.

La casa tenía más ventanas y vidrios que paredes, y se asemejaba a un cubo de cristal. Afuera del garaje estaba estacionado un FORD deportivo último modelo, y Hugo sabía que dentro había un MERCEDES negro descapotable. Sus adinerados vecinos (lo únicos hasta ese momento) trabajaban en empresas de electrónica, el marido; un joven delgado y un tanto afeminado trabaja en algo llamado GOOGLE. En realidad, era de lo poco que conocía sobre ellos; se saludaban, pero siempre estaban demasiado ocupados con el celular adherido al oído, como si sus vidas dependieran de ello. *Y también tienen una hija...*

En ese momento, una mujer delgada de cabello corto salió de la casa hablando por celular; su vecina. Vestía camisa blanca y una falda negra. Una cartera negra le colgaba del hombro, y sobre ésta, se distinguía un saco negro. A penas lo miró, le levantó la mano de manera fugaz para saludar, sin dejar de hablar en ningún momento. Hugo devolvió el saludo meneando la cabeza y se dispuso a entrar a su hogar.

—Una criatura horrenda. —exclamó su esposa al posar la vista en la peluda araña.

No parecía tener simpatía alguna por la nueva mascota de su esposo. Hugo no sintió enojo hacia su mujer, la amaba, pero por alguna razón extrañó a su madre; falleció por culpa de un cáncer fulminante hace 5 años. Había sido un pan de Dios, una persona de gran corazón y completamente entregada a su hijo; el pequeño Hugo, que no tenía amigos y por ese motivo compartía todo su tiempo con animales, *incluso insectos*. Y ella permitió que su hijo conservara cualquier criatura que quisiera dentro de un frasco.

—¡No la quiero dentro de la casa! —sentenció nuevamente.

Hugo, como buen esposo, le hizo caso, pero no del todo. Llevó a su nueva amiga hasta el cobertizo detrás de la casa; un pequeño rectángulo de tablas pintadas de rojo, una ventana y una puerta precaria. Sopló la superficie de la mesa antes de apoyar la fiambarrera y una nube de polvo se arremolinó en su rostro. Tomó un frasco, junto algunas viejas herramientas que ya no usaba, GRANOS DE CAFÉ rezaba la etiqueta. Con la precisión de un cirujano, movió a su amiga de la fiambarrera al frasco y la contempló; era la araña más grande que había visto fuera de la televisión, de patas peludas y del color de la arcilla. Con la ayuda de un clavo y un martillo, hizo unos pequeños agujeros de respiración en la tapa de metal.

—Te buscaré algo que comer. —le dijo, y acarició el cristal con un dedo.

Su jardín no poseía división con el jardín de los vecinos; Julia y Marcos, y su pequeña hija Julieta. Ni siquiera un cerco precario, y eso siempre había molestado a Hugo, pero no tenía tiempo para hacer uno (y claro que debía ser él quien lo hiciera) tal vez cuando al fin se jubilara. Pero en ese momento nada los separaba, y al salir del cobertizo y dar un par de pasos, se topó con una pequeña visitante. La niña le regaló una sonrisa pícara, mientras las coletas doradas en ambos lados de su rostro angelical se meneaban con la brisa.

—Hola señor. —le saludó, y meció el oso de peluche entre sus brazos.

Hugo la observó, sin demasiada alegría, y la ignoró. Salió disparado hacia su casa con largas zancadas. No odiaba a la niña, pero algo le decía que se alejara de ella; le caía mal, simplemente eso.

—Sus padres son jóvenes y están aprendiendo a educarla. —le había dicho su esposa. —Es un diablillo. —había juzgado Hugo.

Al regresar, la niña ya no estaba. Eso no importó demasiado a Hugo, quien se sentó frente a su nueva mascota. Abrió el frasco con delicadeza.

—Espero que te guste. —murmuró.

Dejó caer un par de moscas; las que pueden atrapar en su casa. La araña se abalanzó sobre los insectos muertos y se los llevó a la boca en un segundo. Hugo quedó fascinado, le brillaban los ojos como a un niño pequeño ilusionado.

Al día siguiente, antes de irse a trabajar, Hugo agarró el frasco y lo movió hasta la punta de la mesa, donde la luz (la que pasaba a través del sucio cristal de la ventana) lo iluminó, junto con su

inquilina.

—Para que te calienten los rayos del sol. —le explicó.

Salió del cobertizo y apoyó la puerta; la apoyó, porque la cerradura estaba rota, a pesar de que juró que la arreglaría, algún día. Lo que no sabía, es que había dejado a la pobre araña a merced de una gran amenaza; que no era el clima, y tampoco un animal salvaje, sino una pequeña y hermosa niña; *un diablillo...*

Se escuchó el rechinar de las oxidadas bisagras y una leve brisa recorrió el interior del cobertizo; la araña permanecía inmóvil con sus patas delanteras apoyadas a la pared de vidrio de su nuevo hogar. Una llanura dorada rodeó la mesa y se detuvo junto a la silla; primero aparecieron dos coletas sostenidas por cintas azules, y fueron seguidas por el rostro angelical de una niña. Julieta se arrodilló sobre su propio vestido azul; no le importaba si se manchaba con la polvorienta silla de madera, la mucama lo lavaría. Apoyó los codos contra la mesa y contempló con ojos bien abiertos a la araña. La miró, y la miró, y no dejó de mirarla por varios minutos; el tiempo no era un problema, sus padres casi nunca estaban en casa, y su niñera era una adolescente de 18 años que en ese momento se debía hallar desparramada en el cómodo sillón de su casa, mirando el enorme televisor que compraron sus padres.

Julieta ladeó la cabeza lentamente de un lado a otro, como cuando un gato encuentra algo interesante, y los labios no pudieron evitar crear una marcada sonrisa; la araña continuaba inmóvil, pero si en ese momento pudiera haber conocido la razón detrás de esa sonrisa, seguramente hubiera tratado desesperadamente de huir, pero no lo hizo, *era una simple araña*. Julieta abandonó la silla de un salto; dos grandes manchas marrones aparecieron en su vestido. Se acercó a la puerta, la entreabrió un poco y espió hacia su casa; era una suerte tener enormes ventanales, pudo observar cómo la imagen del televisor cambiaba frenéticamente; la niñera estaba hipnotizada. Miró en dirección de la casa de los vecinos; el señor que se parecía a Papá Noel, y su mujer, que tenía ese olor tan raro. *rancio*, pensó. Al contrario de su propia casa, la de los vecinos se hallaba sellada, con persianas cerradas y sin una luz; la vieja rancia debía dormir mucho. La niña recordó a su propia abuela; también dormía mucho, *y olía a rancio*.

Regresó a la misma posición arrodillada sobre la silla. Se estiró sobre la mesa; el vestido se manchó aún más. Y con las puntas de los dedos atrapó el frasco de café; la araña seguía inerte. La acercó a su rostro y la escudriñó al detalle; la primera palabra que se le vino a la mente fue *fea*, *la araña era fea*, no le gustaba. Además de ver lo obvio; que era grande y peluda, vio algo más, algo que el propio Hugo no había visto, tal vez por lo fascinado que se hallaba, o tal vez porque el día anterior eso no estaba, o no era tan visible; a Julieta no le gustó particularmente el extraño bulto blanquecino que la araña poseía debajo de su cuerpo; similar a una pelotita de esas que dé a miles protegían a el televisor dentro de la caja cuando sus padres lo compraron; una de las pocas cosas que hicieron juntos.

Una pequeña llama se encendió dentro de ella. No era precisamente un incendio forestal, pero le molestaba, *la irritaba*. Y siempre había algo que le ayudaba a calmarse cuando estaba irritada, pero ahora ya no. El gato se había ido, desapareció días atrás, ya regresara le dijeron sus padres, pero ella sabía que no regresaría. A lo primero nunca se iba, a pesar de que siempre lo estrujaba para calmarse, jamás se iba. Pero necesitaba calmar la irritación todos los días, y el gato, *Pelusa*, se llamaba, eso no le gustaba. La bola de pelos se había vuelto astuto y escurridizo, y la dejaba

con la llama encendida y la obligaba a llorar; y odiaba llorar delante de sus padres, Mama y Papá lloraban a solas sin que los demás los vieran. Al final, cuando Pelusa aparecía, lo apretujaba por todos los días de ardor; los días que no veía a sus padres, los días que nadie le hacía caso, los días que los encontraba llorando, o cuando se peleaban, todos esos días. Y Julieta tenía la seguridad de que pelusa había huido para siempre, *gato traidor*.

Pero al ver a la fea araña, sonrió; *la fea araña no puede salir corriendo y no volver*. De golpe, y sin previo aviso, apretó los labios sin mostrar los dientes, y los ojos se le achinaron. Y sacudió el frasco; lo sacudió, zarandeó, y volvió a sacudirlo sin parar. La araña volaba desde la base de vidrio hasta la tapa y regresaba, como si fuera la pelotita de ping pong en la final de un partido profesional entre los dos mejores asiáticos de la historia; la velocidad con la que chocaba de un lado a otro la hacía parecer una mancha de pintura en el lienzo de un loco; o un genio.

Y tal como empezó, se detuvo; el rostro de la pequeña Julieta retornó al terso rostro de una niña. Ya no se encontraba *irritada*. El sacudir a la araña fue mucho mejor que cualquier terapia.

—Mucho mejor que hablar con la señora López. —pensó.

La señora López era una mujer delgada, de cabello blanco, que dedicaba su tiempo a la psicología infantil. Con la delicadeza de una niña muy responsable, apoyó el frasco junto a la ventana; la luz se reflejó en el cristal, y por un momento la araña parecía estar muerta. Se hallaba con las patas hacia arriba, medio cerradas como los pétalos de una flor cuando comienza a oscurecer. La extraña pelotita de telgopol adherida a su vientre continuaba en el mismo lugar, protegida por las peludas patas. Julieta se inclinó contra la mesa, cruzó las manos, y recostó la pera entre sus dedos; y se quedó mirando a la araña ¿estaría viva o muerta?

—Ojalá esté viva...

Y lo estaba. Una de las extremidades se movió lenta y mecánicamente. Continuó otra, y la de al lado la siguió, hasta que las ocho entraron en funcionamiento. Con sacudidas raquíticas, y después de resbalar varias veces al intentar utilizar los lados del frasco para darse la vuelta, la araña logró erguirse. Tanteó la pared de vidrio con sus patas delanteras e hizo un esfuerzo para quedar de pie solo con sus patas traseras; las otras seis se afirmaban al vidrio traslucido en dirección a la niña. Ambas se miraron. Los negros y vacíos ojos de la araña se reflejaron en los celestes, vivos, y maliciosos ojos de Julieta. La niña sonrió sin descubrir los dientes y se marchó. Los órganos de visión de la criatura la siguieron hasta que dejó el cobertizo, y en ese momento, y si las arañas son capaces de sentir algo, se sintió irritada, *muy irritada*.

Era la primera, pero no la última vez que visitaría a la araña, *su nueva amiga*, durante los siguientes días, hasta que sucediera lo impensado...

—3—

La señora araña se acostumbró a tener dos visitantes diarios; uno era Hugo; el humano malvado que la arrebató de su hábitat natural y la encerró en esa estrecha prisión de cristal. Pero que también podía considerar como el hombre que la cuidaba; y la alimentaba con lo que parecía ser una reserva infinita de moscas mientras le hablaba con la voz chillona que algunas personas usan con los bebés.

—*Aquiii tiiienes tuu comidiiiita.* —le decía, y dejaba caer el cadáver de la mosca directo a sus fauces.

Eso estaba bien, *necesitaba alimentarse, ella y las niñas*, pero su captor/cuidador aún no se había percatado de la pelotita blanquecina que crecía poco a poco en la parte baja de su abdomen.

Por otra parte, aparecía ella; el demonio de rubios cabellos, *el diablillo*. Cuando la sonriente niña empujaba cautelosamente la puerta herrumbrada del cobertizo, la araña tanteaba cada milímetro del cristal en busca de una salida. Los celestes iris se posaban sobre el arácnido y le contemplaban tranquilamente como un verdadero niño en un zoológico. Pero, desde el León más salvaje y valiente, hasta el roedor más inseguro y cobarde, que pudieran hallarse en cualquier zoológico, se le erizarían los vellos como a la araña en presencia de Julieta.

Alargaba las manos y éstas se cerraban en torno al frasco. Apretaba los labios hasta que empalidecían, y esa era la señal de peligro. Inmediatamente comenzaba a canalizar su irritación en forma de violentas sacudidas que ponían el mundo de la araña de cabeza, una y otra vez, aumentando la velocidad como un auto de 6 velocidades en una carretera desierta con kilómetros y kilómetros de recta. Si alguien, Hugo, su mujer, o alguno de sus padres (lo que era poco probable), la encontraran con las manos en la maza y le preguntaran ¿Por qué? ¿Qué la incitaba a hacer algo tan malo? Julieta no sabría qué contestar, no conocía una razón, solo sentía irritación, sin razones para la niña, pero si con tal vez...

Tal vez el martes estaba irritada, malhumorada, tal vez se descargaba con la indefensa araña porque su padre había mirado el dibujo que tanto esfuerzo y cariño le había costado realizar (ella, él, y su madre, los tres tomados de la mano en el parque) y de su boca solo salió un —Que lindo — sin una pizca de gracia o emoción, y de inmediato había vuelto la mirada a su Tablet, y a sus problemas de adultos.

Tal vez el miércoles hubiera seguido irritada, molesta porque su madre le había regalado una nueva muñeca, MADE IN CHINA, según la caja; un bebé que reía cuando se le apoyaba el biberón en la boca. El regalo estaba bien, pero a Julieta le molestaba porque tendría que hacerse cargo del bebe sola, al igual a las otras docenas de muñecas desparramadas en su habitación. Todas eran hermosas y le gustaban, pero le gustarían más si su madre le ayudara a cuidarlas, vestir las y alimentarlas, pero no, nunca se encontraba en casa, y cuando regresaba de sus viajes y reuniones, aprovechaba su tiempo en otras cosas; clases de tenis, peluquería, amigas, y, sobre todo, a discutir con su padre; algo sobre stress, tiempo y dinero.

El jueves, mientras el peludo insecto de ocho patas giraba bruscamente como la ropa sucia dentro de un lavarropas, Julieta sentía como liberaba *la irritación*; la frustración de una simple respuesta. Había ido llorando a moco tendido hasta el living donde sus padres se encontraban en una de sus charlas no aptas para niños. Extrañaba a Pelusa y quería recuperarlo.

—¡Quiero a mi gato! —exigió y suplicó entre sollozos.

En primera instancia la irritó el —¿Qué sucedió con el gato? — de su madre al escucharla; ignoraba que faltaba la mascota de su hija. Pero lo que terminó de desencadenar su frustración fue el —No te preocupes linda, te compraré otro. —de su padre.

Ella no deseaba un regalo; UN GATO MADE IN CHINA. Lo que deseaba era que la ayudaran a buscar a Pelusa, y también hubiera sido feliz con un simple abrazo y palabras consoladoras, pero

las de verdad, las que salen del corazón.

El viernes simplemente se había sentido sola; sus padres no estuvieron en todo el día. Y la niñera permanecía hipnotizada por sus dos amos electrónicos; un celular con una manzana mordida dibujada en la parte de atrás, y el enorme televisor de pantalla plana. Julieta se cansó de jugar con sus muñecas; eran demasiadas y cuidarlas era una tarea muy exigente. Fue al patio en busca de Pelusa, pero desistió después de gritar su nombre un par de veces; el gato no regresaría. Y terminó por ir a visitar a la fea araña, *que no podía escapar y abandonarla*. Arrodillada contra la mesa, y sin siquiera saber la razón, sujetó el frasco de café y lo zarandó sin parar hasta que se sintió satisfecha.

Sin saberlo, esa había sido la última vez que Julieta liberaba su irritación con la pobre araña de Hugo, pero no la última vez que se verían, para desgracia de la niña...

—4—

El sábado antes de irse a trabajar, Hugo fue a darle de comer a su araña, y por primera vez se percató del cambio; el saco blanco pegado en su abdomen resaltaba a simple vista.

—¿Qué es esto? —se preguntó a sí mismo.

Elevó el frasco hasta la altura del rostro y lo acercó hasta casi tocarlo con la punta de la nariz. Lo miró detenidamente por unos segundos y de inmediato su cerebro comenzó a funcionar a toda marcha; recolectaba años de documentales de animales y libros sobre la naturaleza. Alejó un poco el frasco y lo giró lentamente de un lado a otro; estaba claro, la araña iba a tener crías. Sintió un tenue malestar en el estómago y dejó el frasco de nuevo en la mesa. Se sentó. En el zoológico en miniatura que había coleccionado y poseído de pequeño nunca había logrado que los insectos prosperaran; hormigas, arañas, mariposas, gusanos, todos ellos morían en algún punto temprano de su encierro. Y mientras digería el hecho de que docenas de diminutas arañas se contorsionaban dentro del saco, se sintió aliviado por no haberlo conseguido.

—No está bien. —se dijo en un murmullo.

Una cosa era un insecto adulto; nadie siente verdadera compasión por un insecto cuando muere, pero los insectos recién nacidos eran como bebés, y que uno muera, sin importar su especie, siempre toca las fibras más sensibles de las personas (o por lo menos las de las buenas personas). Había pensado en comprar una pecera y adornarla de un modo selvático para que la gran araña se hallara a gusto, pero no tenía ni idea de cómo cuidar a las pequeñas.

—No te preocupes. —le dijo a la araña mientras acariciaba el cristal con el dedo. —Mañana que no trabajo, te liberaré.

Podía llevarla al trabajo y soltarla en el mismo tocón donde la había atrapado, pero pensó que lo mejor era ir a alguna parte más alejada de la civilización, y, además, había escuchado claramente el pronóstico en la radio cuando se despertó; SE ESPERA UNA FUERTE TORMENTA PARA EL DÍA SÁBADO A LA NOCHE. Lo mejor era esperar al domingo.

Pero los pronósticos no son del todo exactos, y el clima decidió dar un tenue adelanto de lo que se avecinaba. Cuando Julieta sujetó el picaporte de la puerta que daba al patio, recibió una

rotunda negativa:

—Hoy no puedes salir a jugar, quédate dentro. —dijo su niñera.

La adolescente no cesaba de escribir en su celular, y solo elevó la mirada con ojos que decían, *¿Qué esperas? Ve a tu cuarto*. Julieta apretó los labios y las mejillas se le tornaron rojizas, pero no lloró, dio media vuelta y subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Dentro, deslizó la cortina con dibujos de pequeños ángeles risueños, y observó a través del ventanal; el cielo de verano se había teñido de gris, y una molesta llovizna había comenzado a caer; no podría ir a visitar a su amiga. Giró y se dirigió al armario donde guardaba la montaña de muñecas, las contempló y pensó en la niñera:

—¡Eres fea y por eso nadie te quiere! —hubiera querido gritarle.

La niñera encendía su llama interna, *la irritaba*; y ese mismo día, una de las tantas muñecas fue apretujada hasta la muerte, o en su caso, hasta que sus extremidades de plástico MADE IN CHINA reventaron...

—5—

A la medianoche del sábado; porque todas las cosas extrañas y misteriosas del mundo suceden pasadas la medianoche. Las estrellas desaparecieron detrás de voluminosas nubes negras. Y el rugido de un trueno desató una lluvia torrencial que se estrelló contra los techos de las casas como un ataque de ametralladoras. Los fuertes vientos silbaban de manera espectral y arrancaban del suelo hojas, bolsas de plástico, colillas de cigarrillo, y cualquier cosa que no tuviera el peso suficiente para aferrarse a la tierra.

A las 12;03 a.m. del domingo; según el reloj digital en la mesa de noche de Julieta, quien dormía plácidamente por el momento, Hugo se levantó de la cama. Un golpe seco se repetía una y otra vez, y había llegado a despertar a él y a su esposa. Atravesó descalzo, en calzones y con solo la remera blanca que usaba para dormir, el comedor y abrió la ventana; de inmediato fue atacado por una ráfaga helada producto del viento y la lluvia, pero después de un par de intentos entrecerrando los ojos, consiguió sujetar el postigo de madera y cerrarlo como era debido.

En ese mismo momento, y debía ser ese, porque si no Hugo hubiera podido escucharlo (si su mujer lo escuchó, no dijo nada), las violentas ráfagas atraparon la vieja puerta del cobertizo y la azotaron hasta que las bisagras fallaron. Se desprendió de sus goznes y quedó tirada en el patio como un pedazo de chatarra. El viento penetró en el cobertizo y se apoderó de cada centímetro de espacio. Constantes rayos surcaban y se bifurcaban por el cielo, y su fulgor atravesaba la ventana del cobertizo, iluminando el interior. Una nube de polvo se elevó cuando una ráfaga barrió la superficie de la mesa; el frasco de café se tambaleó, pero se mantuvo en su lugar. Uno de los clavos oxidados de donde colgaba el martillo no aguantó el movimiento pendular de éste, y se desprendió; la herramienta cayó sobre la mesa con un golpe seco a escasos centímetros de la araña, la cual se agitaba dentro del frasco. El viento volvió a golpear dentro del interior del cobertizo y sacudió con un poco más de intensidad el frasco; que se tambaleó con una inclinación mayor. En ese momento, en una gran casualidad, la araña irguió las patas delanteras y avanzó con su peso hacia el mismo lado de la inclinación. El frasco se mantuvo en una posición diagonal por

un segundo de suspenso, y después se volcó. Rodó hacia el borde de la mesa, mientras la araña ocupaba sus ocho patas en tratar de no girar junto con su jaula de cristal. Y finalmente cayó precipitadamente; el cristal estalló contra el suelo y los fragmentos se esparcieron por todo el cobertizo. Parada sobre un fragmento de vidrio de su mismo tamaño, y en el mismo lugar donde había caído el frasco, la araña continuaba viva, y había conseguido liberarse de casualidad.

O quizás no se trató de una casualidad; tal vez se sentía muy irritada, irritada con una niña en particular. Quizás esa irritación la llevó a tomar la oportunidad, y abalanzar su cuerpo de manera premeditada para que el frasco se voltease. Quizás también, de forma consiente, había impulsado el frasco para que girase hasta el borde de la mesa, cayera, y ser libre. Todo esto, impulsada por un instinto primitivo de venganza. Quien sabe, quizás en ese momento era la Moby Dick de las arañas, y el capitán Ahab había tomado la apariencia de una niña de rubios cabellos...

—6—

Cuando un potente rayo iluminó el cielo por un breve momento y provocó que la tierra vibrara, Julieta se despertó, pero no a causa del estruendo parecido a una explosión. La niña abrió los ojos, el sueño la había abandonado. Miró el reloj en su mesa de noche; 12;13 a.m., señalaban los números digitales de color rojo dentro del vientre de una sonriente Minnie Mouse. Se propuso continuar durmiendo, pero no pudo cerrar los párpados; un extraño sentimiento de preocupación, apenas perceptible, pero presente, le obligó a repasar el espacio de la habitación; todo tenuemente iluminado por un brillo marino procedente de la pecera en diagonal a la cama; en su interior unas pequeñas figuras fantasmales nadaban de un extremo a otro en una exploración eterna debido a su efímera memoria. En la pared, una alargada sombra trepaba sobre la manga de corderos saltarines y casi llegaba hasta el techo. Julieta no sintió temor, bajó la vista hasta el nacimiento de la sombra espectral; una conejita rosa con grandes y alargadas orejas. Inclino el rostro hacia el otro lado de la cama; todo en orden. Que el armario donde se guardaban la mayoría de la muñeca y toda su ropa, estuviera cerrado era un verdadero alivio. En el pasado un monstruo vivía en el armario y se dedicaba a asustar a Julieta noche tras noche; su mirada amenazadora desde el interior la paralizaba, incapaz de hacer algo, solo esperaba en tensión a que el sueño la venciera. Por suerte, el monstruo se marchó por su cuenta el año pasado

—Seguro encontró otro niño a quien atormentar. —pensó Jane, porque ella, a pesar del temor que le generaba, nunca había gritado, y a los monstruos le gusta que grites.

Pese a que la habitación era segura, seguía sintiéndose observada. La colcha, de un rosa chillón, la tapaba sobre la cintura, arrugada en el centro y formando un pequeño hueco oscuro. En el interior del hueco algo asechaba ¿estaba imaginándolo o era real? Un nuevo rayo resplandeció en el cielo y la habitación se iluminó por un segundo.

Y fue suficiente; Julieta quedó paralizada, con las piernas como bañadas en cemento. Conocía a la cosa que se ocultaba en su cama, y que estuviera allí no podía traer nada bueno. La cosa avanzó lentamente y Julieta sintió su peso a través del pijama con dibujos de los personajes de una película de Disney. Se detuvo sobre su vientre y elevó dos de sus ocho patas; la araña había ido a visitarla y la niña pensó que debía estar *irritada*.

La frente se le perló de sudor y un hilillo líquido y caliente se le escapó de la entrepierna, pero no gritó; solo procuró un débil gemido. La araña se adelantó a penas un centímetro. El cuerpo de Julieta se estremeció con un escalofrío eléctrico que se refugió en su estómago y se lo encogió. La criatura elevó dos más de sus extremidades y enseñó el saco, antes blanquecino, y que ahora era traslucido; en su interior docenas de diminutas arañas luchaban por romper la delicada membrana. En ese momento supo que la araña no iba a lastimarla, iba a dejar que sus bebés la comieran en cuanto nacieran. Las lágrimas brotaron de sus ojos y llegaron hasta la comisura de los labios. Con un gran esfuerzo, Julieta abrió la boca y comenzó a murmurar palabras casi inentendibles:

—Perdón, perdón..., perdón.

Sabía que no la perdonaría, la araña se hallaba irritada, ella conocía ese sentimiento, y la araña necesitaba liberar su malestar. Y eso hizo; lo liberó tomando la forma de docenas de diminutas versiones de ella misma que se desparramaron sobre Julieta en cuanto la membrana cedió.

Por un momento esperanzador, Julieta consideró que podía estar viviendo una pesadilla y pronto despertaría, pero toda la ilusión se derrumbó en cuanto la primera de las arañas tocó su piel desnuda. Se deslizaban por cada recoveco del pijama haciéndole sentir cosquillas terroríficas. Cuando la más intrépida de las criaturitas alcanzó la altura de su cuello, Julieta ya no aguantó más. Todo el pánico contenido durante la breve liberación de las arañas, escapó de su garganta en un grito desconsolado. Su propio grito rompió las cadenas de miedo que ataban su cuerpo a la cama. La abandonó de un salto, mientras se sacudía la ropa y el pelo para quitarlas antes de que fuera tarde...

A las 12:18 a.m. (según la panza de Minnie Mouse) las luces de la casa de los vecinos de Hugo se encendieron. En el interior, el padre y madre de Julieta corrían a trompicones al cuarto de su hija. Marcos entró a la habitación solo con los calzoncillos puestos, prendió la luz y lo primero que observó, fue la cama desecha, pero sin la niña dentro. Escudriñó las cuatro paredes y la halló; su hija estaba en un rincón, en posición fetal y llorando a moco suelto. Julia llegó detrás y casi se lo lleva puesto. Se acercó y cuando trató de abrazarla, Julieta gritó y se agitó. Tardaron por lo menos una hora en calmarla lo suficiente para que cuente que había pasado. Marcos buscó las arañas de la que hablaba su hija con una determinación ni que el mismo creía; nunca la había visto tan asustada. Pero después de poner la habitación patas para arriba no encontró nada, ni una simple telaraña, y pensó que su hija había experimentado una horrible pesadilla.

—7—

Al día siguiente, Hugo tampoco encontró a su araña por ninguna parte. Se sintió tan mal que se prometió no volver a apresar a ninguna criatura, y se puso manos a la obra en arreglar la puerta del cobertizo bajo las amenazas de su mujer. La pareja vecina tuvo una extensa charla, en la cual, decidieron prestar más atención a su hija.

Y en un tocón lejano, una araña se resguardó del calor del sol.

Hilo del destino

Kichiro se despierta y siente una molestia en el meñique. Se lleva con pereza la mano al rostro, y no cree lo que ve. Hay un hilo rojo atado en su dedo.

Debo estar soñando, piensa, y se pellizca la mejilla. Le duele. Se refriega los ojos. Desde la ventana una tenue luz ilumina la habitación. Se pregunta la hora y busca el móvil junto al futón; las siete de la mañana. Lo deja, se inclina hasta sentarse, y se concentra en el hilo. Lo contempla por unos segundos sin saber qué hacer. ¿Es un sueño? Es demasiado real para serlo ¿Una broma? Es hijo único y sus padres no hacen bromas.

Cierra y abre los ojos con ímpetu. El hilo sigue ahí. Al lado del móvil están sus lentes, los toma y se los pone. El hilo no desaparece. Trata de desatarlo. Tira del nudo hasta que la frente se le perla de sudor por el esfuerzo, pero es en vano. Desiste y decide ignorarlo.

Se levanta. Debe prepararse; es primero de abril; el comienzo de su último año escolar. Se le revuelve el estómago; el hilo le recuerda que no ha conocido el amor en toda su vida. Recoge el futón, lo enrolla y lo guarda en el armario. Saca su uniforme escolar y se viste. Para su asombro, el hilo atraviesa las telas como un espíritu. ¿Una alucinación? Eso es, la historia del emperador, la bruja, y el hilo que conecta a las personas siempre fue su favorita. Ahoga sus pensamientos y los desecha; es solo una leyenda. Abre la puerta corrediza y sale de la habitación.

に

Baja descalzo por las escaleras. Se encuentra solo, ya hace una hora que sus padres salieron a tomar el tren para ir a trabajar. En la sala lo reciben unas orejas atentas. El gato, al ver que es él y no su madre, se relame la cola, corta como la de un conejo, y vuelve a recostarse en la mesa. El hilo serpentea por el tatami hasta la entrada de la casa. Se dispone a ir a la cocina para desayunar, pero se detiene. Observa el lazo en su meñique, absorto en sus pensamientos. ¿Y si no se trata de una alucinación? Si el hilo es real, eso quiere decir que del otro extremo se encuentra el amor de su vida.

Kiricho duda. Podría seguir el hilo para descubrir a la persona en el otro extremo, pero debe ir al colegio. Es un año muy importante, debe concentrarse en su futuro y no perder el tiempo. Pero hallar el amor verdadero es una oportunidad que pocos tienen. Se tira del pelo y lo decide. Da media vuelta y enfila a la puerta; puede desayunar en el colegio. Se sienta en el escalón del genkan y se calza los zapatos. Siente el frío matutino en la piel y se pone una chaqueta. Se cuelga la mochila a la espalda y aferra el picaporte de la puerta. Vacila en girarlo. Los recuerdos se arremolinan en su mente con la fuerza de un tifón. Las mismas seis palabras, una y otra vez. Las mismas palabras que se atoraron en su garganta cuando limpiaba el salón de clases, que en tantas ocasiones borró de su móvil antes de que sean enviadas, que quemó en muchas cartas; me gustas, por favor, sal conmigo.

Sigue el hilo hacia afuera.

さん

Persigue el hilo con la mirada; continua del otro lado de la calle y dobla a la derecha en la esquina. Kiricho cruza la calle. En cada exhalación puede vislumbrar su aliento. Se da cuenta que ha salido sin lavarse el rostro y cepillarse los dientes. Se da vuelta, pero sabe que solo tiene cuarenta minutos para investigar el camino del hilo; hoy su aseo personal dará pena. Se percata de algo al mirar atrás. No ha dejado metros de hilo a su paso. El hilo rojo se estira hasta el infinito, pero también se encoje a medida que avanza hacia su destino.

Hay poco movimiento en las calles; los adultos ya han salido hacia sus trabajos y aún es temprano para que los niños vayan al colegio. El cielo está limpio y el aroma de las flores flota en el aire. Es un día apoteósico para enamorarse. Se le ruborizan las mejillas y aprieta el paso. Camina con la cabeza gacha siguiendo el hilo a sus pies y con las manos apretando las correas de la mochila. El hilo se pierde entre unos zapatos de mujer. El corazón se le acelera. La cabeza le pesa como una roca maciza. La encuentra tan rápido que no puede creerlo. Se obliga a levantar la vista. Poco a poco lo consigue. Y la ve.

Profundas arrugas surcan su rostro. Kiricho siente que se le derrumba el estómago. Su otra mitad es una anciana. La mujer, de pelo cenizo, se lo queda mirando y se inclina en un saludo respetuoso. Con pasos temblorosos, y ayudada por un bastón, atraviesa el pequeño jardín de una casa.

Kiricho abre la boca, pero las palabras se desvanecen en el aire. La anciana desaparece dentro. Baja la mirada. Las lágrimas se acumulan en las comisuras de sus ojos. Y vuelve a descubrirlo. El hilo no entra en el jardín. Continua su zigzagueante camino por la acera. Le vuelve el alma al cuerpo y ríe por su idiotez.

El imprevisto abre su mente a un maremoto de preguntas. ¿Cómo será la mujer al otro lado? ¿y si es un hombre? Lo descarta, siempre le interesaron las mujeres. ¿Qué edad tendrá? Dicen que el amor no tiene edad, pero desearía que ambos fueran al colegio; podrían ir junto a la universidad y compartir los mejores años en la vida de un japonés. ¿Y sus gustos? Se imagina una loli, la reemplaza una chica común de instituto, y reza para que no se trate de una hikikomori. Ocupado con su imaginación, deja atrás la zona residencial y se adentra en el centro de la ciudad. Todavía es temprano, pero el movimiento se acrecienta en la zona. Los negocios abren sus puertas. El olor a pescado domina el ambiente. El hilo se desliza entre los pies de varias personas; hombres y mujeres, que en su mayoría llevan mascarilla. Esta vez, se cerciora de que la hebra rojiza termine en otro meñique. Contempla a una mujer adulta ataviada con un kimono repleto de peces koi y carpas de colores. El cabello lacio le llega a la cintura y es poseedora de un fino rostro como el de una geisha. No le molestaría que ella fuera la elegida. Sacude la cabeza y persigue el hilo con la determinación de un perro de presa. Le queda poco tiempo y tiene un presentimiento; se encuentra cerca.

し // よん

Huele a incienso. Una hilera de escalones lleva hasta el templo. En su interior vislumbra la figura de un sacerdote rezando. Lo imita; a cada segundo el deseo de encontrar el amor crece.

Mira el móvil; quedan diez minutos. Camina más deprisa.

El hilo pasa junto a una tienda de flores y se adentra en el cementerio. Kiricho se detiene en la entrada. Los árboles de sakura colman de vida el hogar de los espíritus con sus rosados pétalos. Respira profundo y se resigna; más tarde insistirá con la búsqueda. Si atraviesa el cementerio logrará llegar al colegio justo a tiempo.

Transita por un camino de grava. La paz del lugar lo relaja. El cementerio es una ciudad en el centro de su ciudad. Lo envuelve el aroma dulce de las flores y el humo de los inciensos. Un anciano saca agua de un balde con una cuchara de madera y limpia una tumba. El hilo se pierde debajo de un zapato. La dueña es una mujer vestida con un kimono desvaído. Tiene los ojos cerrados y un ojuzo envuelto entre sus manos. No hay nudo rojo. Sin que ella lo observe, se inclina en respeto, y pasa por detrás. Un par de metros más allá, un cuervo lo sorprende. El pájaro se posa en una tumba, picotea el trozo de comida de algún visitante descuidado, y le regala un graznido burlón. Se acerca y lo ahuyenta. Lee el nombre gravado en la piedra; Akane. Enero de 2001-febrero de 2019. Su misma edad, murió hace una semana.

Se le hace un nudo en la garganta y la boca se le reseca. Las piernas no lo sostienen y cae de rodillas. Observa la tumba con los ojos abiertos y vidriosos. El hilo abandona la grava y avanza hacia la tumba. Rodea unas flores de ofrenda, se eleva, y desaparece. Dentro de la tumba.

Siente un vacío. No importa llegar tarde al colegio. Nada importa, la vida acaba de perder el sentido. Algo se rompe en su interior. Echa a llorar. Las lágrimas caen en cascado por sus mejillas y le humedecen el pantalón.

Una mano se apoya en su hombro. A penas la siente. Mueve la cabeza. Es la mujer del kimono desgastado. Ella lo mira, mira la tumba, y vuelve a mirarlo.

—Debes de quererla mucho. —le dice.

El hilo pierde su brillo y se vuelve negro. Kiricho no lo advierte. Está concentrado en la mujer y en sus palabras. No lo piensa. Responde con el corazón, en un susurro entrecortado:

—Es mi alma gemela.

La red oscura

Mariano abrió los ojos y examinó el reloj en la mesa de noche; las 8 de la mañana. No había dormido en toda la noche. Y ya iban tres noches.

Se despegó de la cama, tenía la piel pegajosa por el sudor. Le dolía la cabeza. Eso estaba bien, el dolor evitaba su presencia. Se levantó. Con pasos inestables se dirigió hasta el baño. En el trayecto golpeó un vaso y derramó su contenido; el líquido transparente se deslizó sobre el suelo. Mariano no lo notó. Junto a una de las patas de la cama había una botella vacía; en la etiqueta se leía Vodka. El olor a alcohol inundaba la habitación.

Al segundo intento consiguió encender el foco del baño. La luz le quemó en los ojos. Parpadeó hasta poder mantenerlos abiertos; pequeñas manchas rojizas flotaron en su visión y desaparecieron. El baño se hallaba descuidado. Pequeños frascos de plástico convertían el suelo en un campo minado; las etiquetas rezaban, VENTA BAJO RECETA. Mariano no les prestó atención, tampoco a la ducha, iban cinco días sin ducharse. Si alguien lo oliera, sentiría náuseas. Se apoyó sobre el lavamanos. El óxido corroía las canillas y el grifo goteaba. Se inclinó hacia el espejo. El pelo se le apelmazaba en la frente; necesitado de una visita a la peluquería; el tinte azul se había descolorido y las raíces asomaban en su negro natural. Estaba pálido como un cadáver. Las arrugas que le surcaban el rostro eran las de un anciano; tenía 25 años. La piel se le adherida a los huesos; el resto de su cuerpo era más de lo mismo. Y los ojos se hallaban perdidos en sus cuencas. Si se presentara a un casting para una película de zombis, sin duda conseguiría un papel; viendo la hora, *El amanecer de los muertos* sería la más adecuada. Se acercó un poco más a su propio reflejo; su aliento opacó el espejo. Se llevó una mano al rostro, el cristal reflejó cinco dedos amarillentos y descuidados, y se abrió los párpados. ¿Había perdido color en los iris? La semana anterior eran azules, ahora grises. No le extrañó. Ya nada le parecía extraño.

Se estremeció; sintió que le susurraba desde lo más profundo de su mente.

Se tapó los oídos con las manos y apretó los dientes con ahínco. Volvió a sentirlo. Mariano golpeó el espejo con la cabeza. Una, dos, tres, cuatro veces. El cristal se resquebrajó deformando su imagen. Un hilo de sangre brotó de su frente y fluyó por el rostro. Se relajó; el susurro había desaparecido. Pero pronto regresaría. Debía hacer algo. Y lo haría.

Abandonó el baño; no se limpió. Salió de la habitación y fue a la cocina, en el camino dejó tras de sí un rastro de migajas sangrientas.

De nuevo tuvo que habituarse a la luz; se sentía como un animal nocturno. Ese simple pensamiento le provocó un escalofrío. Los platos sucios se mantenían en un frágil equilibrio. El cesto de basura rebosaba de desperdicios y las moscas, gordas y verdosas, revoloteaban alrededor. Abrió el refrigerador; sin comida a la vista. El estómago le rugió en protesta. Mariano daba la bienvenida a cualquier dolor, pero el hambre no era suficiente. Reparó en un pack de cervezas Quilmes con la leyenda EL SABOR DEL ENCUENTRO. Extendió el brazo, pero se detuvo. La situación requería algo más potente y que actuara con mayor rapidez; Mariano deseaba evitar un *encuentro*. En su lugar, tomó una botella de vodka. Se la llevó a la boca y la empujó. Al mismo tiempo que su nuez de adán subía y bajaba, la botella se vació poco a poco hasta ser solo un cascarón. Mariano eructó y arrojó la botella al suelo; rebotó tres veces antes de romperse. El alcohol le incendió la garganta y las vísceras ardieron como una hoguera. Cerró los ojos y esperó el efecto colateral. No llegó.

Se echó contra la pared a esperar. Bajó la vista; a sus pies había una caja de arena. Las piedras estaban impecables, sin rastro de excrementos. Su gato, LEÓN, ya no estaba en éste mundo. El animal había sido el primer en sentir el peligro. *Si tan solo hubiera visto las señas...*

—2—

El paquete no parecía para nada extraño. Era una simple caja de cartón. Igual a la anterior. Pero a partir del momento que cortó la cinta de embalar con el cuchillo, las cosas se tornaron extrañas.

Al abrir la caja, la piel se le erizó. Quedó paralizado observando dentro. Hasta que un bufido le hizo dar un respingo. León se hallaba a su lado. El gato tenía el pelo crispado. Enseñaba los filosos dientes y bufaba. Mariano quiso acariciarlo para que se calmara, pero retrocedió sin dejar de maullar amenazas. Decidió ignorarlo y se concentró en el objeto dentro de la caja. Esperaba que fuera algo bueno, y vaya que lo fue. *Una puta maravilla*; su caja de pandora.

Antes de sacarlo, algo captó su atención. Un papel. ¿Una nota de su dueño? Genial, mientras más real mejor. El papel evocaba vejes, con ese tono amarillento del paso del tiempo; como un pergamino antiguo. Lo sujetó de una de las puntas con dos dedos en forma de pinzas; no se arriesgó, *quién sabe en manos de qué bicho raro estuvo*. Había algo escrito. Mariano no conocía el idioma, pero le resultaba familiar. Las letras estaban en cursiva y la tinta, reseca, era de un color cobrizo (pobre iluso).

“*ET ERITIS MIHI CARNEM ET ANIMAM MEAM*”

Mariano dudó, se lamió los labios, y tragó. Lo leyó en voz alta.

No ocurrió nada.

Se rió de sí mismo por ponerse nervioso y dejó la extraña nota a un lado. El objeto que había recibido no le resultó amenazador, es más, *era una puta mierda*. Se había imaginado algo terrorífico, o por lo menos tétrico. No una vasija de barro con un tapón de madera; ni siquiera decorada con dibujos extravagantes.

Intentó ser positivo, en su interior podría descubrir un tesoro. La sostuvo entre sus manos. Suspiró, el peso la declaraba vacía.

—Me pudieran haber mandado un poco de sangre de carnero. —protestó.

La dejó sobre la mesa y buscó la nota. El gato merodeaba alrededor de la sala de estar endemoniado; con su pelaje oscuro se asemejaba a una pantera al acecho. Aunque el ambiente minimalista dictaba mucho de ser una selva. Pero León se las ingenió y se enredó en los cables del televisor; éste se tambaleó. Eso fue suficiente, Mariano lo encerró en la habitación. ¿Qué diablos le sucedía? El veterinario le aseguró que al castrarlo se tranquilizaría. Parecía más excitado que nunca.

Mariano se acomodó en el sillón y miró sobre la mesa dubitativo. Pensó en buscar la cámara, pero ¿para qué? La nota le daba curiosidad, pero solo eso, la vasija era inútil, y la caja era una

caja. Lo único notable en el paquete eran los tres idiomas en su embalaje; inglés, castellano y serbio. Cómo un paquete de Serbia llegaba hasta la Argentina implicaba un misterio; *a la aduana no debía interesarle impedir el paso de un adorno de barro.*

Se llevó las manos a las sienes; tenía un problema. No poseía material suficiente para un vídeo. Había tirado dinero a la basura. Tendría que inventarse un montón de cosas para crear un contenido espeluznante. *Y arriesgarme a que me señalen como un fraude.*

En un arrebato, dio un manotazo a la caja. Ésta salió disparada, pero no aterrizó muy lejos. Mariano escuchó un repiqueteo; plástico golpeando el suelo. Investigó los alrededores de la caja con la mirada. Se irguió de un salto.

Se acercó. Los ojos se le iluminaron.

—Genial. —exclamó.

Se agachó y la sostuvo en la palma de la mano; una pequeña memoria USB. Mariano casi sale corriendo hacia su computadora, ansioso por descubrir el contenido. Pero tuvo un presentimiento:

—*Si se me escapó una memoria, aun puedo tener suerte y tropezar con algo interesante dentro de la jarra.*

Se guardó la memoria en el bolsillo del pantalón y regresó al sillón. Más tarde investigaría el contenido.

Y dándole la razón a sus padres; *eres demasiado impulsivo y siempre terminas estrellándote la cabeza contra un muro*, le reprochaban. Mariano corrió a destapar la vasija. En veinticinco años de decisiones apresuradas y poco precavidas, esa fue sin dudas la peor de todas...

—3—

Pegó un oído a la vasija y la sacudió arriba abajo. Nada. Ni un simple repiqueteo. ¿Y si hay otro mensaje dentro? Un mensaje dentro de una botella, *muy original*. La apoyó sobre la mesa. El contenido de la vasija era resguardado por un simple tapón de madera. Mariano la sostuvo por el cuello y aferró el corcho con el índice y el pulgar.

La sala de estar comenzó a dar vueltas y Mariano se hundió en el sillón como si se tratara de arenas movedizas. Se le nubló la visión. La mesa, junto con todo lo demás, se convirtió en un lienzo abstracto. Se tambaleó y soltó la vasija. Poco a poco el mundo regresó a la normalidad. ¿Qué diablos acababa de suceder? Mariano notó algo extraño; el brazo derecho se le había entumecido. El cosquilleo, como una débil corriente eléctrica, desapareció al cabo de unos segundos.

¿Había algo en el corcho? *Tiene veneno, burundanga, la droga de los violadores*. Lo descartó, era solo su paranoia. Debía existir una explicación racional para lo ocurrido. Uno no se marea como en una borrachera monumental porque sí. Mariano tuvo una idea. Tres días atrás había concurrido a una fiesta privada, y para decirlo de una manera delicada, la pasó bomba. Se recordaba bebiendo, pero más importante, fumando marihuana. *Fumó como si no hubiera un mañana*. Esa era la causa. Jamás le había sucedido, pero amigos le contaron que el efecto de la

marihuana podía regresar un breve momento días después de su consumo. Mariano opinaba que se trataba de una leyenda urbana, pero no podía negar que acababa de tener un episodio; algo para contar en la próxima fiesta.

Se enfocó en la vasija, sin dinero no habría otra fiesta, y para el dinero necesitaba un vídeo. Volvió a aferrar el tapón.

Sintió las garras de una bestia luchando por escapar de su encierro.

—Ya voy, espera un segundo. —le gritó al gato. León arañaba la puerta de la habitación.

No salía. El corcho estaba bien apretado y se le resbalaba de los dedos. Apretó con ímpetu hasta que los dedos se le pusieron blancos. Y tiró.

La destapó.

Una voluta de polvo le abofeteó el rostro.

Un alma impura lo agredió.

Mariano alejó la cara y sacudió una mano para diseminar la polvareda. No pudo impedir que penetrara en la nariz y la boca.

Su cuerpo fue corrompido.

Carraspeó. Los ojos se le enrojecieron como cuando se drogaba y el ardor le robó unas lágrimas. Sintió que las vías respiratorias se le helaban; el aire viciado parecía refrigerante. Se levantó para alejarse del cumulo de suciedad.

Los restos del miasma de la infame entidad.

Respiró aliviado. Sus pulmones volvían a estar limpios.

Había conseguido alojarse.

Mariano quiso regresar al sillón, pero quedó paralizado. Una fuerte jaqueca le aporreó el cráneo. El dolor era intenso; nunca había sentido nada igual. Se mordió la lengua y el sabor metálico de la sangre le bañó la boca. En ese momento, pensó en su nombre; *MARIANO*.

En ese momento, le susurró a su portador.

Era como si le apuñalaran la cabeza con un millar de alfileres. Insultó al aire y comenzó a gemir de dolor. Y el gato continuaba arañando la puerta. Mariano oía su nombre una y otra vez, cada vez más rápido, más intenso, más enloquecedor. El picaporte de la puerta chillaba y se mecía; León trataba de salir. Con la cabeza inclinada como un jorobado, y deslizándose por la pared, Mariano llegó hasta la habitación y liberó al gato.

El animal salió disparado como alma que la lleva el Diablo.

El Diablo atormentaba a su amo; la voz en la mente de Mariano le recordaba al idioma de las serpientes en *Harry Potter*, pero distorsionada. La voz le hacía chirriar los dientes. Y no se detenía. Ahora, se lo que sea, le gritaba. El gato bufaba desde alguna parte, pero Mariano no lo escuchaba. Buscó el sillón con las manos; el dolor no le permitía abrir los ojos. León subió al sillón de un salto y se enfrentó a Mariano. Un zarpazo cruzó el espacio entre ambos y le desgarró el cuello, al *Bart Simpson* estampado en la remera de Mariano.

No conseguía pensar, cada idea era opacada y machacada por la voz infernal. A penas percibía al gato, pero su inquietud le ponía aún más nervioso. Mariano se dirigió a la ventana que daba al balcón. En el camino se golpeó la pierna con la mesa. El dolor fue intenso, *pero por un ínfimo momento la voz en su cabeza desapareció*. Con un esfuerzo descomunal, logró elevar las persianas. El murmullo de Buenos Aires invadió el departamento. Mariano se desplomó en el sillón rezando porque todos se callarán. El rostro se le perló de sudor y la frente le ardía. La cabeza le palpitaba como un tambor. Cuando no creía resistir más, se desmayó.

Si Mariano hubiera tenido una camarada de seguridad en la sala de estar, podría haber visto lo que sucedió en el momento de su desmayo:

León corría y saltaba hasta casi trepar por las paredes. El pobre animal deseaba escapar, sus sentidos de supervivencia estaban en alerta roja. Cada fibra de su ser salvaje temblaba de miedo; se hallaba a pocos metros de una criatura peligrosa, sumamente peligrosa. El gato estaba desesperado. En el momento en que vislumbró el balcón a su disposición, sus patas lo dispararon hacia la libertad. Con un corazón desbordado y sus sentidos aturridos por el terror, no pudo detenerse y se precipitó al vacío; el departamento se ubicaba en el octavo piso del edificio.

El murmullo de la ciudad fue roto por el grito de una mujer, quien presencié la muerte del animal. Para afirmar la destreza de su especie, León cayó de pie, pero la gravedad lo adhirió al suelo como en un dibujo animado.

Mariano descubrió la muerte de su mascota varias horas más tarde, y aunque quería a León, otra preocupación le apremiaba.

—4—

El susurro regresó.

Mariano se llevó las manos al cuello y comenzó a rascarse. ¿El vodka ya no le emborrachaba? ¿es posible hacerse alcohólico en una semana? A Mariano le constaba que sí. Oía la voz con mayor claridad. Las uñas se clavaban en la carne como las garras de un animal salvaje. La sangre le manchó los dedos y se escurrió hasta el pecho. La voz adquirió forma. Mariano cayó de rodillas. Necesitaba opacarlo, necesitaba dolor. Miró su antebrazo; las marcas no habían cicatrizado. Algunas estaban infectadas y supuraban una sustancia amarillenta y nauseabundo. Tenía que volver al baño y buscar las hojas de afeitar. Debía cortarse.

Se irguió. Dio un paso y trastabilló. Se sostuvo apoyándose contra la pared. Mariano sonrió. El mareo llegó justo a tiempo, estaba borracho. El alcohol nubló su mente y opacó la voz. Sin abandonar la seguridad de la pared, fue hasta el living. Más de lo mismo; el departamento era un basurero. Las persianas de la ventana balcón estaban cerradas a cal y canto. Los estridentes rumores de la ciudad eran casi imperceptibles. La tenue oscuridad lo calmaba. Se separó de la pared, y a trompicones, se depositó en el sillón. Frente a él, la mesa ratona se hallaba desbordada de papeles, platos, y colillas de cigarrillo. Rebuscó entre una pila de papeles hasta encontrar un paquete de tabaco Marlboro. Tomó uno de los cigarros, lo colocó entre sus labios y lo encendió. La primera calada fue profunda y le provocó dolor de cabeza; una verdadera maravilla. Se recostó

y contempló la mesa. Junto a los platos repletos de colillas, también había inciensos ya consumidos.

Masculló un insulto.

Supuestamente los inciensos purificaban el ambiente de las malas vibras. *Y una mierda*. Fueron completamente inútiles. Y qué decir del agua bendita; la botella, en una esquina de la mesa, había sido otra decepción. Mariano la consiguió por internet; todo se podía conseguir en la red, lamentablemente. Primero se lavó el rostro y rezó (rezo que buscó en google) al final la terminó bebiendo. No surtió efecto. En las pilas de hojas impresas había escritas docenas de soluciones que investigó en la computadora cuando el problema recién empezaba; y su cerebro funcionaba por más de un minuto. Como siempre, intentó solucionar el problema por su cuenta; ahora era demasiado tarde para llamar a un sacerdote. Le quedaba un último as bajo la manga.

Al otro lado de la mesa, el televisor de pantalla plana Sony estaba apagado. Debajo, cubierta de polvo, pero lista para ser usada, la PlayStation 5. Mariano soñaba con poseer una, pero no contaba con el dinero suficiente. Al final, la obtuvo de la forma menos pensada. Lo que emprendió como una manera de matar el aburrimiento, terminó siendo un trabajo sumamente reductible. La placa dorada de YouTube colgaba en la pared como un recordatorio de su suerte. En el nombre del canal se leía, EXPLORADOROSCURO666.

El día que colgó su primer vídeo, con la temática de exploración urbana, no se esperaba lograr tanta repercusión. Los suscriptores y los likes no se hicieron esperar. Al parecer, grabarse en una fábrica abandonada a las dos de la mañana, gustaba a las personas. Que las paredes estuvieran repletas de pintadas satánicas ayudó mucho. Y qué decir de la rata que se cruzó de imprevisto. Le dio un susto mortal.

De inmediato, se vio quebrantando la ley y colándose en los lugares más lúgubres que pudo encontrar; cementerios, hospitales, fabricas, y todo sitio abandonado digno de una película de terror de serie B. No siempre conseguía un buen vídeo, pero se las ingenió; con un poco de ayuda de Photoshop y otros programas de edición; una falsa voz espectral elevaba el contenido (y las visitas). No se sentía del todo bien al engañar a sus suscriptores, pero no podía darse el lujo de que sus ingresos bajaran y verse de regreso en la casa de sus padres. *Padres que no tuvieron pelos en la lengua a la hora de señalar su disgusto a con su hijo y su elección de vida.*

Mariano siempre se mantuvo en un frágil equilibrio entre la suficiencia financiera y el terminar en la calle. Pero eso cambió en poco tiempo; con el boom de la Deep Web y las cajas misteriosas. Su canal era perfecto para ese tipo de contenidos, y sin pensarlo, se vio adquiriendo una de esas cajas. El vídeo simplemente había sido fantástico. Recibió un paquete desde algún lugar de Europa del este que no podía ni pronunciar; dentro le llegó una muñeca grotesca, fotos de una niña, y mechones de cabello. Mariano se armó un guion y creó una historia horripilante sobre una niña asesinada y convertida en un muñeco maldito. Como resultado, el canal creció como nunca antes. Y lo normal era continuar con la misma temática; comprar otra caja misteriosa. *Y bienvenido al infierno, nuestra oferta de hoy; un demonio profanador de mentes a domicilio.*

Sujetó una hoja. Entrecerró los ojos para poder leer. Era la traducción de la maldita frase que leyó en voz alta:

“TE ENTREGO MI CARNE Y MI ALMA”

Hizo un bollo con la hoja y la arrojó. Se puso de pie; quería observar el vídeo por última vez. Del otro lado de la sala había una puerta. Tenía un cartel pegado con la advertencia, PROHIBIDO PASAR, ZONA RESTRINGIDA. Era su cuarto de edición; una habitación de dos por dos, con paredes abarrotadas de hueveras para el sonido y una potente computadora con todos los programas de edición.

—*MARIANO, deja de resistirte y déjame salir a jugar.*

Mariano recibió las palabras como un martillazo en las sientas. Se tumbó en el sillón y apretó los puños hasta que le empalidecieron. No había tiempo para el vídeo. Había llegado la hora.

—5—

Se arrastró por la sala de estar como un animal; los ojos cerrados y la frente rozando el suelo. A cada paso sentía un martillazo que le rajaba la frente. Ya no había dolor que lo distrajera. La voz creció en volumen hasta convertirse en un pitido constante y enloquecedor. Entonces lo tocó.

Las puntas de sus dedos se toparon con una superficie rugosa. Se sentó en una pose de meditación y depositó el objeto entre sus piernas. Abrir los ojos conllevó un esfuerzo sobre humano para Mariano, pero la vista fue gratificante; si todo hubo comenzado con un paquete, terminaría con un paquete. La caja no había sido enviada de Europa, sino de Argentina. Mariano se valió de uñas y dientes para abrirla. Y aferró su pedido con anhelo. Arrojó la caja a un lado y se concentró en el objeto; un oso de peluche. Mariano sonrió, pero de inmediato la mueca se transformó en agonía.

—*Se terminó el tiempo, es hora de acabar con esto.*

—Ya lo creo, es hora de acabar —susurró Mariano—. Llegó el final.

Se puso de pie y dio vuelta el oso entre sus manos. Deslizó la cremallera oculta en la espalda en el animal de juguete y rebuscó en su interior. Encontró lo que necesitaba.

—*No seas estúpido Mariano, ya nada puede ayudarte. En unos segundos desaparecerás y tu cuerpo será mío.*

—Cállate. —gritó, con una sonrisa en los labios.

Mariano sentía su peso en la mano. Era aterrador lo que uno podía conseguir por la Deep Web. *Demonios a domicilio*. Pero también otro tipo de objetos peligrosos. Cualquier arma que te imagines; *incluso una 9mm con silenciador incluido y con las balas cargadas*. Mariano dejó el oso en el suelo. Buscó en su bolsillo y sacó un pedazo de papel amarillento. Miró la nota en latín. La oprimió con furia.

Se llevó la pistola a la cara y la introdujo en su boca. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y le estrujó el estómago cuando el cañón le acarició los labios. Dudó. Cerró los ojos como trampas y sacudió la cabeza de lado a lado hasta despejarse las dudas. El tormento debía terminar, sea lo que sea que hallara al morir, sin duda sería mucho mejor que el tormento de la última semana.

—No te atreves.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla.

—Hicimos un pacto, tu cuerpo es mío.

Mariano apretó el gatillo.

La pistola disparó con un estruendo sordo. La voz demoníaca se esfumó.

La oscuridad lo envolvió y Mariano se sintió aliviado.

En el instante antes de morir, tuvo un último recuerdo; las imágenes de la memoria que tendría que haber visto antes de leer la nota...

—6—

La cámara estaba desenfocada, pero la imagen mejoró al cabo de unos segundos. Revelando una estancia oscura, tenuemente iluminada por el fulgor de pequeñas velas puestas en cada recoveco. Las paredes eran mohosas y descuidadas. No había sonido; el silencio era sepulcral. En el suelo se vislumbraba un pentagrama satánico trazado con pintura cobriza. No se observaba a nadie, hasta que una figura entró en escena. Parecía ser un hombre envuelto en una túnica negra. Llevaba algo entre las manos, pero no se distinguía. Se arrodilló en el centro del círculo y a continuación se alejó. Una vasija, eso es lo que depositó en el suelo. La imagen se amplió.

Hombres o mujeres, las túnicas no revelaban sus facciones, rodearon el círculo en silencio. Silencio que se rompió por un murmullo. Éste creció hasta transformarse en gemidos, y luego los gritos de terror no se hicieron esperar. Apareció una mujer. Se sacudía y luchaba por liberarse de los dos hombres que la arrastraban a través de la sala. Su piel se resguardaba por un simple camión blanco. Los agudos chillidos de desesperación distorsionaban el sonido del video. Sus captores la arrastraron hasta la pared frente a la cámara. La pusieron de pie a la fuerza y le extendieron brazos y piernas. La ataron con grilletes a la pared y quedó inmobilizada. Los encapuchados se retiraron y la pudo observar mejor. No es una mujer, es una niña, de largos cabellos rubios y tez pálida. Los hombres se unieron a sus compañeros. Todos agacharon la cabeza y se tomaron las manos, en un círculo de paz trastornada.

Una nueva figura se hizo presente. Era diferente a los demás; sostenía en sus manos un grueso libro; la cubierta era roja como la sangre. Se detuvo junto a la niña, que lloraba y se retorció en inútil esfuerzo. Abrió el libro y comenzó a leer. El latín brotó de su boca. A cada oración, se interrumpía y esperaba a que sus acólitos repitieran lo dicho.

Los versos se extendieron por varios minutos. El sacerdote del terror cerró el libro y lo sostuvo con una mano. Con la otra rebuscó dentro de la túnica; los demás continuaban con sus oraciones. De pronto, algo brilló en su mano. Lo elevó sobre su cabeza. El acero de una daga resplandeció a luz de las velas. La hoja era extraña; poseía una forma serpenteante. Empuñó el arma en dirección a la niña. Los ojos se le abrieron como platos al entender lo que le esperaba.

La intensidad de sus alaridos era desgarradora. Intentaba alejarse fundiéndose con la pared, pero era inútil, no tenía escapatoria. En un ágil movimiento, la daga desapareció en su vientre. El hombre la extirpó con la misma rapidez. En el blanco camisón nació una flor rojiza, se deterioró, perdió la forma, y se deslizó por debajo de la cintura. La sangre salpicó el suelo al mismo tiempo que la chica cerró los ojos. Las sacudidas y gritos cesaron cuando la cabeza se derrumbó inerte sobre su pecho.

El hombre que empuñaba la daga ensangrentada entró al círculo y se paró junto a la vasija. Volvió a elevar la daga y pronunció unas palabras. A continuación, apuntó a la vasija; del filo se desprendió una gota de la sangre, y con una precisión milimétrica, cayó dentro.

El hombre se retiró y abrió el libro. Las oraciones cambiaron y aumentaron en volumen. Los encapuchados recitaban y se sacudían con la exaltación de un poseído. Al cabo de unos minutos nada sucedía, pero en ese momento, la imagen se tornó negra; las velas se apagaron como con un soplo. Los hombres enmudecieron.

La imagen regresó. Las velas ardieron con un fulgor azulado. Algunos de los encapuchados se sobresaltaron. El silencio se rasgó. Una voz extraña susurró palabras en un idioma irreconocible. Una estela de polvo descendió en espiral desde el techo. Los hombres de las túnicas se arrodillaron y pegaron las frentes al suelo. El polvo danzó lentamente hasta la vasija. Y se deslizó dentro. El hombre del libro se acercó y predicó unas palabras; parecía apremiado por terminar. Con sumo cuidado colocó el tapón de madera. Las azules llamas se extinguieron y las velas regresaron a la normalidad. El hombre depositó el libro en el suelo y sujetó la vasija. Se dio la vuelta hacia la cámara; en la oscuridad de la capucha se vislumbró el brillo de una sonrisa macabra.

El vídeo se cortó con esa última imagen.

—7—

Tres días después la policía derribó la puerta del departamento.

Se podría suponer que los padres de Mariano, al no recibir señales de su hijo, se preocuparan y denunciaran su desaparición. No fue así. Ellos se enteraron horas más tarde, cuando fueron visitados por un oficial en su domicilio; en búsqueda de Mariano o información de su paradero.

Quien denunció a las autoridades la desaparición de Mariano fue DARKMEME999. Mejor conocido por su mamá como Manuel; un niño de 13 años. Él mismo se definía como fanático de las películas de terror y ferviente seguidor de DROSS (otro youtuber con contenido de terror) y EXPLORADOROSCURO666 (Mariano).

Manuel había conocido a Mariano una tarde mientras saltaba de un video de YouTube a otro sin nada mejor que hacer (la pila de tareas escolares no contaba). De inmediato se enganchó con los vídeos de exploración urbana, tardó un segundo en hacerse suscriptor del canal. Esperaba cada viernes con anhelo, expectante por el contenido de un nuevo vídeo. La nueva temática de las cajas misteriosas de la Deep Web le habían hecho flipar.

Al pasar dos viernes seguidos sin su droga diaria, a lo primero se había enojado, pero después

el enojo dio paso a la preocupación. Sentado en la mesa de la cocina (y sin nada mejor que hacer) comenzó a imaginar teorías perturbadoras sobre por qué desapareció Mariano. Cada escenario resultaba peor que el anterior; desde que se había topado con un psicópata en un hospital abandonado, hasta que de la Deep Web había recibido una bomba de algún terrorista con un torcido sentido del humor. Manuel, que se parecía a Mariano (no pensaba en las consecuencias de sus actos), robó el móvil de la cartera de su mamá y llamó a las autoridades; como buen fan, y con ayuda de Google, conocía el nombre verdadero y la dirección de EXPLORADOROSCURO666.

Al final, no sólo había sido duramente castigado por su madre, sino que también, fue visitado por dos oficiales que se aseguraron de que el chico aprendiera la lección. De todas maneras, Manuel tuvo razón; nadie sabía nada de Mariano en las últimas semanas.

El hedor a muerte golpeó a los policías en cuanto pusieron un pie dentro del departamento. Tuvieron que cubrirse la boca para no vomitar. En la sala de estar, los oficiales hallaron al desaparecido; estaba tendido en el suelo con un orificio en la cabeza y rodeado por un charco de su propia sangre. El arma homicida aún estaba sujeta entre sus dedos.

Uno de los policías, Gonzalo Moreno, se arrodilló junto al cadáver y lo escudriñó con la mirada. Su compañero, Guerra, dio un repaso al departamento sin tocar nada y regresó junto a él. Los oficiales dieron aviso a la central y esperaron al arribo de los especialistas.

—¿Qué piensas, drogas? —preguntó Guerra, desde el respaldo del sillón, donde había tomado asiento.

—Tiene toda la pinta. —contestó Moreno, aun arrodillado junto al muerto.

Cuando se estaba por levantar, algo captó la atención del policía. —¿Qué tenemos aquí? —Contempló la mano cerrada del muerto; apenas se observaba el pedazo de un papel amarillento. Moreno, utilizando un bolígrafo para no dañar la escena, abrió los inertes dedos uno a uno. En el papel, vislumbró algo escrito.

—¿Una nota de suicidio? —Guerra abandonó la comodidad del sillón y asomó la cara por detrás de Moreno.

—No tengo ni idea. Parece escrito con sangre.

Ambos compartieron un escalofrío. Moreno no conocía el idioma en el papel y pensó que serían los delirios de un loco. Se aclaró la garganta, y, palabra a palabra, recitó la oración. Tuvo un extraño presentimiento y las gélidas garras del miedo apresaron su corazón.

Dio un respingo.

Se calmó. Guerra le apretaba el hombro con una mano. Éste lo miró a los ojos y le dijo:

—No entendí un carajo.

Moreno soltó una carcajada. El corazón le volvió a latir con normalidad.

Horas más tarde, los investigadores se habían hecho cargo de la situación, y una ambulancia

retiraba el cadáver de Mariano en una bolsa plástica.

Los oficiales Moreno y Guerra dieron por finalizado su turno. Abandonaron el departamento y caminaron hasta el final del pasillo para subir al ascensor. El ruidoso aparato llegó a su piso y abrieron sus puertas. Dentro, Moreno apretó el botón de la planta baja.

—GONZALO.

El oficial Moreno dio media vuelta y miró a su compañero.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada, por qué.

—Acabas de llamarme por mi nombre.

—Yo no dije nada. El cadáver debe haberte contagiado la locura. —Guerra soltó una carcajada.

Gonzalo Moreno rió junto a su compañero. Pero para encubrir los nervios que le brotaban por todo el cuerpo como un sarpullido. *Podía jurar por su madre, que una seseante voz había susurrado su nombre al oído...*